

El pacto

LIBRO 3

QUÉDATE A MI LADO

Martina Bell



EL PACTO

QUÉDATE A MI LADO

LIBRO 3

Martina Bell

El pacto. Quédate a mi lado. Libro 2

©Todos los derechos reservados.

©Martina Bell

1ªEdición: Abril 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

1.

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

Epílogo

1.



Mi cabeza aún seguía dándole vueltas a todo lo que me había contado Paul ese fin de semana. Cuando me dejó en casa, de regreso a mi ciudad, quedamos en vernos al día siguiente.

Tenía en mi cabeza un lío monumental.

Esa misma mañana, el Señor Montiel me mandó un mensaje diciendo que quería verme, que me pasara por su oficina. Parecía ser algo urgente y no tardé en salir para allá. Cuando llegué, intrigada con lo que pudiera estar pasando, vi por su cara desencajada que algo no iba bien.

—Buenas tardes... —saludé.

—Hola, Alba. Siéntate, por favor, tengo que hablar contigo.

Hice lo que me pedía, nerviosa al ver su rostro preocupado.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté al tomar asiento y mirarlo a los ojos.

—Verás. Me llamaron del Puerta del mar...

—¿El hospital?

—Sí. Están interviniendo al Señor Castro, se debate entre la vida y la muerte —me miró serio y yo ya no podía ni respirar—. Tuvo un accidente con el coche...

—No... No, por favor... Dios mío, ¡dime que no es verdad! —no podía ser cierto, sentía que me ahogaba por la ansiedad—. Tengo que estar allí.

—Alba, espera un momento, ¿quién se encargará de recoger a Efrén?

—Mierda... No tardará en llegar el bus, me voy ya por él, se lo dejaré a mis padres para poder irme al hospital.

—Está bien... Ve contándome cómo evoluciona la cosa, por favor.

—Sí...

Las lágrimas ya no me dejaban ni pronunciar palabra. Recogí mis cosas del despacho y fui a por Efrén. Se extrañó al verme y con toda la delicadeza de la que fui capaz, le expliqué que su padre estaba enfermo, con fiebre y que estaba en el hospital mientras le hacían algunas pruebas. Que yo iría para estar junto a su padre y que lo dejaría a él con mi madre, a la cual ya le había explicado, por teléfono, lo que había ocurrido.

Lo dejé con ella y me fui para el hospital mientras las lágrimas no dejaban de salir de mis ojos. No podía creerme lo que estaba ocurriendo, sentía rabia al pensar que la vida iba a quitarme a Paul y que mi pequeño gran amor se quedaría sin padre. No podía ser, la vida no podía ser tan injusta conmigo.

Ahora no, por favor...

Llegué al hospital y entré por urgencias. Los padres de Paul, a quienes la policía había avisado, y estaban allí. Acababan de llegar de Málaga cuando se encontraron con la terrible noticia. Abrazados a mí, llorando por el dolor tan grande que sentían pensando que podían perder a su hijo.

Intenté, como pude, calmarlos un poco, pero era imposible. Yo misma era incapaz de relajarme, ¿cómo iba a ayudarlos a ellos? No podíamos dejar de llorar.

—Esto es tan doloroso... Después tendremos que llevarnos al niño a Málaga. Dios, qué tristeza —suspiró la madre de Paul, demostrando el dolor que sentía.

¿Llevarselo a Málaga? No, no podía hacer eso. El niño tenía que ir al colegio, no podría soportar que todo cambiara de nuevo.

—No creo que sea productivo... —dije con delicadeza— Yo puedo quedarme con él, se puede quedar conmigo. Así no dejará de ir al cole. No sabemos qué va a pasar con Paul y tomar una decisión ahora mismo no creo

que sea lo adecuado, no hasta que sepamos cómo están las cosas, no creo que Efrén necesite un cambio más en su vida, menos en ese momento.

Sabía que no tenía que meterme en eso, no era mi decisión, pero lo hice de todas formas. Tenía que intentarlo, por Efrén.

—Puede que tengas razón. Además, así podremos estar nosotros con más tiempo para cuidar a Paul.

—Sí...

—Sé que no hay nadie mejor que tú para que se encargue de Efrén y mi hijo piensa igual —sonrió, la tristeza en su rostro—. Es mejor que se quede contigo —dijo aliviándose.

—Gracias.

—Gracias a ti por estar ahí.

—No sabía qué decirle a Efrén, así que le dije que su padre tenía fiebre y que le harían pruebas...

—Hiciste bien.

—Señores... —miramos hacia el médico que se acercaba a nosotros, salía del quirófano y venía, seguramente, a explicarnos la situación. La madre de Paul, asustada, comenzó a llorar de nuevo y yo volví a llorar, presa de la ansiedad, temiendo lo que pudiera decirnos—. La intervención ha terminado bien. El paciente se encuentra aún en coma y no puedo responder a cuándo despertará. En el mejor de los casos, será pronto. En el peor... No sabemos qué tipo de secuelas puede tener. Lo siento, pero no puedo dar mejores noticias.

Y ahí era donde sentía que todo mi mundo se venía abajo. Comencé a sollozar, como lo hicieron los padres de Paul. Nos abrazamos para ayudarnos a aliviar un poco el dolor que sentíamos, si es que eso era posible.

Unas horas más tarde, nos dejaron verlo. A mí casi me fallan las piernas al verlo en ese estado. Estaba como dormido, con cables por todos lados. El sonido de la maquinaria llenando el ambiente... No podía soportar verlos así.

Estuvimos un poco con él, esperando que le sirviera de algo los ánimos

que le dábamos, si es que podía oírnos. Salimos de la habitación y me despedí de sus padres con un abrazo. La vida se había ensañado con nosotros.

El camino para ir a recoger a Efrén a casa de mis padres lo hice llorando sin consuelo. Pero tenía que poder con eso, tenía que ser fuerte y disimular para que el pequeño no sospechara nada. tenía que hacerlo por él.

Cuando el pequeño me vio, lo primero que hizo fue preguntarme por su padre. Le expliqué que se quedaría en el hospital unos días para poder curarse y que mientras él se quedaría conmigo, en mi casa. Eso le gustó, como sabía que pasaría, entre nosotros tenías un vínculo especial.

Me llevé al niño, fui a casa de Paul para poder llevarme algo de ropa y nos fuimos para mi casa.

No sabía el tiempo que iba a durar todo aquello ni de dónde iba a sacar las fuerzas para disimular delante del pequeño.

Ya en casa, Efrén se duchó y yo preparé algo de cenar, pero no podía probar bocado, así que para que no se preocupara, le dije que me dolía un poco el estómago y que prefería no comer nada, pero que él sí tenía que hacerlo.

Nos fuimos a la cama, durmió conmigo esa noche y tuve que evitar llorar mientras lo tenía cerca, tenía que sacar fuerzas de flaqueza.

Cuando se quedó dormido, me levanté y me preparé una tila, a ver si así me calmaba un poco, pero no era fácil. El dolor que sentía en el pecho era horrible, creía que iba a darme algo. Lo que estaba pasando con Paul me estaba destrozando por dentro. Y tenía que ser fuerte por Efrén, él no podía notar nada. Pero sentía tanta pena... No podía perder a su padre ahora que eran felices, eso no podía ocurrir, la vida no podía ser tan injusta con nosotros.

Cuando me acosté, eran más de las tres de la mañana. Me tumbé y Efrén, al notar su presencia, me abrazó y durmió plácidamente.

Cuando abrí los ojos, apenas eran las siete. Efrén y yo nos preparamos y tomamos el desayuno. Con la comida en su mochila para el colegio, ya

estábamos listos para marcharnos. Justo antes de hacerlo, se acercó a mí y me dio un gran abrazo. Me decía que me quería ver sonreír, que no me pusiera triste porque su papá se pondría bien muy pronto y eso me emocionó.

—Claro que se curará —dije, sonando convencida, aunque sabía que eso quizás nunca ocurriera. Solo pensarlo me mataba por dentro.

Otro abrazo y un beso antes de montarse en el autobús que lo llevaría al cole y me despedí de él moviendo la mano mientras él hacía lo mismo desde dentro, a través de los cristales.

Me quedé observando cómo el vehículo desaparecía y suspiré. Ojalá toda esa pesadilla se acaba pronto.

Cuando me senté en mi coche, dejé que las lágrimas salieran sin control, tenía mucho por lo que llorar y llevaba horas guardándomelo.

Ya más calmada, conduje hacia el hospital. Al llegar, los padres de Paul estaban ya allí, sentados en las sillas de la pequeña salita de esa planta. Medio dormidos, con sus rostros agotados por el cansancio.

Abrieron los ojos al notar mi presencia, nos dimos un abrazo y me explicaron que ya lo habían visto hacía un rato, en la primera visita y que en la siguiente entrara yo, cosa que les agradecí en el alma.

Hablamos sobre Efrén y lo bien que se había portado e intenté quitarles importancia a sus agradecimientos por quedarme con él. Lo hacía con mucho gusto y me gustaba que me dijeran que estaban tranquilos porque estuviera conmigo porque sabían que con estaría mejor con nadie más.

Llegó el momento de la siguiente visita. Entré temblando y casi me caigo al suelo al verlo ahí, postrado en esa cama y todo lleno de cables. No podía evitar llorar al contemplar la imagen que tenía delante. Me acerqué a él, acaricié su mano y rogué, le pedí de mil maneras diferentes que me hiciera algún tipo de señal, por pequeña que fuera, para saber que me escuchaba, que estaba ahí, conmigo. Pero todo fue en vano.

No podía dejar de acariciarlo y de rogarle que se quedara con nosotros, que ese era su lugar. Incluso le pedí, con rabia, que no podía hacerme eso y

dejarme sola.

No ahora, no era justo.

Tenía un nudo en la garganta, pero eso no me impedía hablarle porque guardaba la esperanza, aunque fuera pequeña, de que él me estaba escuchando.

—Ay, mi amor... No soporto verte así —sollocé y cogí aire para calmarme un poco—. No te vayas a preocupar por Efrén. Él está conmigo, se quedará en mi casa y está bien. Le dije que estabas malito con fiebre y que tienen que curarte, pero que mejorarás y que pronto estarás con nosotros. Sé que lo harás, tienes que hacerlo, Paul. Tómame el tiempo que necesites, pero que no sea demasiado porque me volveré loca. Te esperaremos lo que haga falta porque te necesitamos, no podemos estar sin ti —suspiré—. Eres lo mejor que tengo en la vida y ahora que yo ya sé todo y que tienes a tu pequeño contigo, ahora que eres libre... Ahora no puedes dejarnos. Quiero estar siempre contigo, siempre. Y si vuelves te prometo que me portaré bien, no te daré más dolores de cabeza. Confiaré más en ti, haré lo que sea por tenerte de nuevo a mi lado. Y piensa también en tu hijo, no puedes dejarlo solo... Así que venga, te estamos esperando. Lucha, lucha con fuerza y vuelve a mí. Vuelve a nosotros, por favor.

Me marché cuando la visita terminó, no sin antes darle un beso en la frente y volver a rogarle que volviera con nosotros.

Sus padres y yo estuvimos en el hospital toda la mañana, estar juntos era una forma de compartir y aliviar el dolor que sentíamos.

A la hora de recoger a Efrén, me marché, organizando con ellos las siguientes visitas a Paul.

Lo primero que hizo Efrén al verme, como era lógico, fue preguntar por su padre y se alegró cuando le dije que estaba mejor. ¿Qué más podía decirle?

Ya en casa, comimos, hizo la tarea mientras yo hacía cosas en la casa... Tenía que aparentar que todo iba bien y que pronto su padre se curaría. No sabía ya de dónde sacar las fuerzas para disimular.

Salimos por la tarde a dar un paseo, él en el parque mientras yo me

sentaba en una terraza y me tomaba un café. Lo veía jugar y no podía dejar de pensar en lo injusta que era la vida. No podía dejar de pensar en Paul. Me dolía tanto... La vida no era fácil y parecía ser que cuando por fin creías tener lo que deseabas, te daba un duro golpe y terminaba con todas las ilusiones. Paul tenía que salir de eso, yo no dejaba de rezar por ello y Dios tenía que escucharme. Lo amaba, lo necesitaba cerca de mí. Habíamos luchado mucho, él era, sin duda, el amor de mi vida, el hombre con el que quería estar cada día de vida que me quedara y no podía perderlo. La vida no podía ser tan injusta y arrebatármelo en ese momento.

Sentía que iba a darme algo con tanto dolor.

—¡Mamá! —gritó Efrén y lo miré, estaba subiendo al tobogán— Mia qué rápido subo —rio.

¿Mamá? ¿Había dicho mamá? Me quedé en shock, no podía ser... Mi cara mostraba la sorpresa que sentía en ese momento y no la pude disimular.

—¿Qué te pasa? Lo haré bien, no tienes que asustarte —dijo el pobre, pensando que hacía algo mal.

Me acerqué a él rápidamente.

—No me pasa nada, cariño —sonreí, emocionada.

—Es que parece que estás asustada...

—Me llamaste mamá, me ha sorprendido.

—Es que si mi padre no está, pues alguien tiene que estar conmigo. Y como estás tú, entonces eres mi mamá... Es nuestro secreto —dijo muy serio.

—Vale —reí, con lágrimas en los ojos—. Puedes llamarme como quieras.

—¿Entonces te puedo llamar mamá sin que te enfades?

—¿Por qué me iba a enfadar. Me encanta que me llames así, hijo. No lo dudes.

—A mí también me gusta llamarte así, siempre quise tener una mamá como tú.

—Pues ya la tienes —lo abracé, llorando—. Ya la tienes.

—Entonces no llores —me regañó.

—Es de alegría —reí entre lágrimas.

Lo dejé jugando y me senté en la cafetería de nuevo. Estaba en todo momento pendiente a él. Además, sabía que eso le gustaba, se sentía seguro y le gustaba hacer el tonto y hacerme reír.

Me aliviaba un poco, después de lo que estaba pasando con Paul, tener a Efrén cerca. Me ayudaría a sobrellevar todo algo mejor.

Convertimos los siguientes días en una rutina. Cuando Efrén se marchaba en el bus al colegio, yo me iba para el hospital y estaba con Paul cuando podía entrar a visitarlo. Recogía al niño, comíamos juntos, hacía la tarea y pasábamos un rato en el parque hasta que llegara la hora del baño y la cena, terminando los dos dormidos en mi cama.

Paul seguía igual, no había habido ninguna evolución en su estado. Cada vez me costaba más no perder la esperanza y seguir diciéndole a Efrén que su padre mejoraba, porque no era cierto. Y él no era tonto, sabía que las cosas no estaban del todo bien.

Quería hablar con su padre y yo tenía que inventar una excusa cada día. Para eso y para negarle el que fuera a visitarlo. Y las excusas se me estaban acabando.

Lo tranquilicé un poco diciéndole que podía escribirle una carta a su papá y que yo se la llevaría porque los niños no podían entrar así porque sí al hospital. No tardó en hacerlo.

Al día siguiente, cuando entré a ver a Paul, me senté y le leí la carta de su hijo.

“Hola, papá. Tengo muchas ganas de verte, pero como no puedo ir al hospital, te escribo esta carta para decirte que te quiero mucho y te mando ánimos y fuerza para que te recuperes pronto. No tengas prisa, yo estoy bien con Alba, ella me cuida. Tú tienes que curarte y volver pronto porque te echo de menos y quiero verte ya.

En el colegio todo está bien, he aprobado los exámenes con sobresaliente, no tienes que preocuparte por eso porque estoy estudiando mucho.

Cuando vuelvas, nos vamos a ir los tres juntos a vivir, yo ya lo tengo claro y tú también. Somos la mejor familia del mundo y no podéis discutir y enfadaros porque os queréis. Así que vuelve para que seamos esa familia. Os quiero a los dos.

Y a ti mucho, papá.

Efrén Castro.”

Palabras que salían del corazón de un niño inocente que hablaba desde el alma. Lloré mientras las leía, tan sincero... Cogí la mano de Paul y le di un beso, rogando silenciosamente por que volviera pronto con nosotros.

Al salir, el doctor hablaba con los padres de Paul. Seguía sin cambios y las esperanzas, después de tantos días, iban a menos. No quedaba otra que esperar y esperar...

Me sentía como sus padres, quienes lloraban desconsolados pensando que habían perdido a Paul, que eso no iba a tener un final feliz. Pero no podíamos pensar eso, teníamos que tragarnos el dolor y confiar en que todo eso terminaría y para bien, porque Paul no podía marcharse así.

Su hijo lo necesitaba. Sus padres. Yo lo necesitaba más que a nadie en el mundo, Paul tenía que luchar, no podía tirar la toalla y marcharse, dejándonos rotos para siempre.

Teníamos que confiar en que todo iba a salir bien. Teníamos que aferrarnos a esa esperanza.

Era viernes y cuando recogí a Efrén, no venía sonriendo, contento por el fin de semana. Venía triste, casi llorando, y eso no me gustó nada.

—¿Qué te pasa? —le pregunté cuando nos montamos en el coche.

—Me dijiste que tenía fiebre y no es así, no me dijiste la verdad. No me dijiste que a lo mejor se muere —dijo llorando.

—¿Pero cómo...? —cogí aire— Hablamos en casa, ¿vale? Prometo que te contaré toda la verdad.

—Pero toda porque no es justo que me entere de lo que pasa por los otros niños —lloraba, con el corazón encogido.

No, no era justo y no tenía que haber pasado así. Y eso me dolía.

Ya en casa, con la comida en la mesa, suspiré y le conté lo que había pasado.

—Esa es la verdad, Efrén.

—Pobre mi papá.

—¿Sabes? Esta mañana le leí la carta que le escribiste. Estoy segura de que lo ayudará.

Me abracé a él, dejando que llorara, dejando que sacara todo el dolor que sentía y yo hice lo mismo.

Pasamos el día en casa, los dos juntos en el sofá, viendo la televisión, intentando no pensar demasiado. Pero llorábamos de vez en cuando por Paul.

Los padres de Paul se quedaron con él en la cafetería la mañana del sábado mientras yo subía a ver a Paul. Así también pasaban algo de tiempo con su nieto.

Sentada junto a él, con su mano agarrada noté como que intentó moverla, tal vez apretarme un poco. Emocionada y rogando que no fuera cosa de mi imaginación, le besé la mano mientras le rogaba que volviera a mí. Y volví a sentir lo mismo, otro intento por parte de él.

—Por favor, amor, vuelve a mí —rogué, llorando.

Cuando la enfermera vino, le comenté lo que había pasado y me dijo que no era posible, que eso serían mis deseos de que algo así ocurriera. La rabia se apoderó de mí, no me estaba inventando, de eso estaba completamente segura. Insistí en que quería que el doctor supiera lo que había pasado y lo llamaron para que hablara con él. Él me dio la razón, diciendo que era posible, pero que eso no quería decir que fuera a despertar, que tal vez solo era un reflejo físico.

Cuando fui a por Efrén, no les conté nada a los padres de Paul, mejor mantenerlo así por si era solo eso, un reflejo.

Llegamos a casa y a Efrén sí le dije lo que había pasado, le había prometido no callarme nada sobre su padre, fuera bueno o malo.

—Yo te creo, mamá, papá es fuerte y se curará.

—Claro que lo hará, hijo. Tenemos que confiar porque él no nos va a dejar solos.

Pasamos la tarde en casa, viendo películas y disfrutando de estar juntos.

A la mañana siguiente, volví a dejarlo con sus abuelos mientras veía a Paul. Volvió a pasarme y esa vez no era cosa de mi imaginación, así que llamé rápidamente a la enfermera para comentarle al doctor.

—Lo volvió a hacer —le dije—. Le prometo que lo hizo, no es algo que me esté inventando, Paul reacciona conmigo.

—No pienso que se invente nada, le prometo que le haremos pruebas, pero no quiero que se ilusione porque todo lo demás sigue igual. Pero haremos lo que se necesite para que el Señor Castro salga de esta.

Estaba hablando con el doctor cuando Paul levantó la mano un poco y nos dejó a los dos de piedra.

—¿Lo ve? Le dije que no me lo inventaba, doctor —lloré sin poder evitarlo.

—El paciente está comenzando a reaccionar. Tiene que ser por usted, creo que es quien lo hace reaccionar porque nada de lo que probamos dio efecto —dijo alucinado.

—Volverá, volverá a estar bien, lo sé.

—Voy a preparar unas pruebas para él y veremos si puedo ver algo de evolución en ellas.

—Gracias —sonreí entre lágrimas.

Eso sí que no podía mantenerlo en secreto, bajé a la cafetería para comentárselo a los padres de Paul y a Efrén. No podían dejar de llorar con la noticia.

—Cada vez que estemos con él, hay que hablarle, ese vínculo es muy importante y a lo mejor los hace reaccionar más. No podemos perder la esperanza en que es el primer paso para su recuperación —dije emocionada, sabía que era así, más que nunca sabría que saldría de esa.

Entramos al hospital y escuchamos cómo llamaban a la familia Castro por los altavoces. Subimos rápidamente para hablar con el doctor, a ver qué nos decía.

Tomamos asiento en la consulta y esperamos a que hablara.

—El Señor Castro ha reaccionado levemente a algunos estímulos. Creo que es padre, y que le vendría muy bien que su hijo viniera a verlo a ver si así reacciona. Hay que quemar todos los cartuchos. Si están de acuerdo y si él se siente con fuerzas, claro.

—Su hijo está fuera. Creo que tiene razón, le vendría muy bien verlo, la relación entre ellos es muy importante para los dos —dije.

—Si están todos de acuerdo... —dijo el doctor y los padres de Paul afirmaron con la cabeza— ¿Os importa si entra el niño y así hablo con él?

—Por supuesto —dijo la abuela de Efrén, saliendo para llamar al niño.

Le dio los buenos días al doctor cuando entró y se sentó a mi lado.

—Tenemos un hombrecito a ti —sonrió el doctor—. Imagino que estarás deseando ver a tu padre.

—Sí y sé que si hablo con él me va a dar alguna señal como hizo con mi mamá.

Vi la sorpresa en la cara de los padres de Paul al oír cómo se dirigía a mí.

—¿Dijiste mamá? —preguntó la madre de Paul.

—Sí, no sé por qué ponéis esa cara, para mí ella es mi mamá, la quiero mucho.

—Y yo me alegro —sonrió la madre de Paul.

—Yo creo que sería muy bueno que tu madre y tú entréis juntos y le contéis cosas a tu padre. Él duerme, pero os escucha y esos cables con los que los verás es solo para que nosotros sepamos que está bien. No te asustes por eso.

—No me asustaré. Quiero verlo y darle un mensaje, doctor. Tengo muchas ganas de verlo.

—Pues entonces vamos, ¿nos esperan en la sala de visitas? —preguntó el doctor a los padres de Paul.

—Preferimos esperarlos fuera, doctor —dijo la madre de Paul.

—Como deseen. Seguidme, por favor —nos instó el doctor a Efrén y a mí. Cuando llegamos junto a Paul, Efrén le agarró la mano a su padre rápidamente.

—Hola, papá. Tenía muchas ganas de verte. Tienes que volver ya, no seas vago, cúrate porque mi mamá Alba no puede estar siempre aquí para cuidarte porque me deja a mí, así que tienes que volver y cuidarnos tú a los dos.

Paul comenzó a llorar, las lágrimas salieron de sus párpados, derramándose por sus mejillas y yo no pude evitar responder de la misma manera. Efrén limpió la cara de su padre, dejándola libre de lágrimas.

—Estás llorando porque estás feliz de que te venga a ver. A que sí, ¿papá?

Para la sorpresa del doctor y mía, Paul acarició, muy lentamente, la mano de su hijo.

—Yo también estoy feliz de verte, papá. Podemos jugar a un juego. Si tu respuesta es sí, me acaricias la mano, si no es, la levantas si puedes. ¿Te parece?

Acarició la mano de su hijo. Era un sí. Miré al doctor, quien sonrió, Efrén lo estaba haciendo muy bien.

—La primera pregunta, papá. ¿Te parece bien que esté quedándome con Alaba en su casa?

La respuesta de Paul fue una caricia, el doctor y yo casi brincamos de la alegría, estaba reaccionando.

—Papá, ¿te parece bien que la llame mamá?

Paul volvió a acariciar la mano de su hijo, haciéndome llorar.

—¿Quieres que me quede contigo aquí hasta que te cures?

Paul levantó la mano, negándose, por supuesto que no iba a dejar que su hijo estuviera en el hospital.

—¿Podemos irnos mamá y yo a tu casa y vivir allí hasta que tú vuelvas con nosotros?

Paul acarició la mano de su hijo, era un sí.

Se acercó más a su padre y le dio un beso en la frente.

—Papá, ¿notaste el beso?

Una caricia...

—Papá, ¿vas a intentar abrir los ojos pronto?

El doctor sonrió ante esa pregunta, la respuesta de Paul, otra caricia.

—¿Quieres que mamá y yo vengamos a verte todos los días?

Varias caricias en la mano de su hijo.

No podía creerme lo que estaba viendo, pero en el fondo siempre supe que Paul se recuperaría.

El doctor se acercó a Paul. Le pidió a Efrén que le dejara agarrar la mano de su padre para ver si podía comunicarse con él.

—Hola, Paul. Me gustaría poder hablar contigo, soy el doctor Muros, ¿puedes oírme?

Una caricia.

—¿Ha sido el pequeño quien lo ha ayudado a reaccionar?

Otra caricia.

—¿Ha sido consciente de todo estos días, ha escuchado a quienes le hablábamos?

Esa vez, levantó la mano. No.

—Pero con Alba lo hizo, ¿la escuchó y por eso intentó apretar su mano?

Afirmó con una caricia.

—Muy bien, son buenas noticias. Le dejaremos descansar ahora y volveré más tarde para que hablemos. ¿Está de acuerdo?

Sí con una caricia.

Antes de marcharnos, le pedí al doctor y a Efrén que si me permitían un segundo a solas con él, necesitaba ese momento, el doctor afirmó con la cabeza y Efrén sonrió, contento antes de irse, dándome ánimos aun entre las lágrimas que derramaba por lo que había vivido con su padre.

Cuando me dejaron con él, agarré su mano y cogí aire antes de hablar.

—Hola, cariño. Yo nunca le dije a Efrén que me tenía que llamar mamá, yo

no quiero que pienses que lo hice sin tu consentimiento, fue cosa suya, de verdad. Y también es cierto que soy muy feliz cuando me llama así —una caricia en mi mano me hizo llorar—. Yo lo cuidaré, no tienes que preocuparte por nada, solo por curarte. Te esperaremos el tiempo que haga falta. Pero quiero preguntarte algo... Cuando te cures y salgas de este lugar, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres que seamos la familia que merecemos?

Comenzó a acariciar mi mano y no dejó de hacerlo, cogí aire, las lágrimas me ahogaban.

—Entonces cúrate pronto, mi amor. Porque se lo diré a tu hijo y ya estará impaciente por llevar los anillos —bromeé—. ¿De verdad te gusta que para Efrén sea una madre? —No dejaba de acariciar mi mano. Un rotundo sí, haciéndome inmensamente feliz—. Tienes que prometerme que saldrás pronto, amor.

Con sus caricias, me agaché y le di un beso en los labios. Me despedí de él, prometiendo estar allí al día siguiente.

Cuando salí, ya Efrén le estaba contando todo a sus abuelos y lloraban de la felicidad.

Estar con su hijo lo había hecho salir de ese letargo y a mí me había devuelto las esperanzas en que pronto estaría de nuevo con nosotros.

Para ser la familia que queríamos ser.

Para ser lo felices que merecíamos.

2.



El día anterior preparamos las cosas para mudarnos a casa de Paul. Cuando dejé al niño en el autobús, empecé a llevar cajas y a casar las cosas para ordenarlas. Sabía que Efrén iba a estar más cómodo allí, aunque conmigo se sintiera muy bien. Y por las señales de Paul, él también prefería que su hijo estuviera en su casa, conmigo y eso me hacía feliz, que quisiera que formáramos una familia.

No pude evitar emocionarme al entrar en esa casa. Pasé la mañana llevando y colocando cajas hasta que llegó el momento de ir a recoger al pequeño.

Después de comer, fuimos al hospital para ver a Paul, sus padres nos dijeron, con la felicidad en el rostro, que el médico les había dicho que Paul había abierto los ojos hacía unos minutos. Los saltos de Efrén demostraban la alegría que sentía. Y yo no pude hacer otra cosa que ponerme a llorar de la emoción.

No tardaron mucho en comunicarnos que ya podíamos entrar a verlo. Al entrar en la habitación, Paul estaba algo más incorporado en la cama, seguía sin moverse pero tenía esos preciosos ojos abiertos. Las lágrimas salieron de ellos cuando nos vio entrar. Efrén corrió hacia él y lo abrazó y Paul intentaba levantar su brazo para tocar también a su hijo. Fue muy emocionante ver ese reencuentro.

Me acerqué a él, con lágrimas corriendo por mis mejillas y le di un beso en la frente. Lo miré a los ojos, feliz por tenerlo de vuelta.

—¡Pero mira qué bien estás! —le guiñé un ojo.

—Papá, ya mamá ha preparado todo y hoy dormiremos en nuestra casa, así que no tardes en ponerte bien que es muy grande y estamos solos allí, te necesitamos con nosotros.

Me reí, no pude evitarlo. Mi niño era para comérselo.

Paul no dejaba de acariciar la mano de su hijo, demostrando su acuerdo con todo.

Él aún no podía hablar, pero la evolución había sido demasiado grande, como bien me confirmó el doctor cuando hablé con él unos minutos después.

No fue fácil despedirnos de Paul, pero solo sería por unas horas, volveríamos al día siguiente. Le dimos un abrazo y un beso y Efrén y yo salimos cogidos de la mano. Al salir, nos encontramos a los padres de Paul hablando, acaloradamente, con Salma. ¿Pero qué estaba pasando ahí? Me acerqué a ellos para enterarme.

—Me acabo de enterar de lo que le ha ocurrido a Paul. Necesito saber cómo está, vine para eso —dijo Salma.

—Tú no tienes que saber nada —la madre de Paul estaba muy enfadada.

—No discutamos aquí, no es el momento ni el lugar. Mejor le decimos lo que quiere saber y si tiene alguna duda, que hable conmigo. Pero nuestra lucha es porque Paul se recupere, no por esto —suspiré.

Vi la comprensión en los ojos de los padres de Paul y salí con Salma y Efrén, yo le contaría lo que quisiera saber.

No tuvo, en ningún momento, una muestra de cariño hacia el pequeño y yo no podía evitar que eso me afectara. Le conté lo que había ocurrido y esperaba que ya con eso volviera a desaparecer. Ella insistía en verlo, yo me negaba a ello, pero en realidad tampoco me sentía con derecho para oponerme firmemente y echarla de allí.

—No vas a ver a mi papá —soltó Efrén—. Solo mi mamá y yo tenemos que estar junto a él. Esto es para la familia y tú no estás en ella.

Me quedé en blanco con lo que le había dicho, mi pequeño era alguien muy valiente.

—Muy bien —suspiró esta—. Te llamaré —dijo mirándose— para que me mantengas al tanto de cualquier cosa que pase con Paul y si necesitáis ayuda, podéis contar conmigo.

Afirmé con la cabeza y la vi alejarse, aliviada. De ella no necesitaría nada, la verdad.

Efrén y yo nos fuimos a casa, tocaba ducharse y hacer la tarea antes de la cena. Y yo estaba cansada, el día me había agotado.

Estábamos cenando cuando sonó el teléfono de la casa. Era un número muy largo, con el ceño fruncido, descolgué el teléfono.

—¿Sí? —pregunté.

—Buenas noches, cariño —la voz, delicada y cariñosa, sabía bien a quién pertenecía.

—¡Paul! ¿Eres tú?

—Sí, mi amor, soy yo. ¿Cómo estás? ¿Cómo están Efrén? Tengo muchas ganas de estar con vosotros.

Me reí, aunque volvieron a salir las lágrimas mientras miraba a Efrén, saltaba de la alegría por saber que su padre ya podía hablar.

—Estamos bien, felices de saber que puedes hablar —dije emocionada—. Sabía que lo conseguirías, que tenías que volver porque te echamos mucho de menos.

—No sé nada, Alba, es como si no recordara. Solo recuerdo que me leías la carta de Efrén y que yo no podía decirte que te oía.

—Yo sabía que lo hacías...

—Necesito decirte algo.

—Hazlo, pero no te canses, por favor.

—Estoy muy feliz de que Efrén te llame mamá y gracias por aceptarlo. Quiero que formemos una familia y no te creas que me voy a olvidar de que cuando salga de aquí, nos vamos a casar. ¿O es que eso no sigue en pie?

—Claro que sigue en pie, estoy deseando casarme contigo.

—Me alegra oír eso. Elige dónde será la boda, dónde nos iremos de luna

de miel. Elige todo porque es lo primero que vamos a hacer cuando salga de aquí. Si aceptas la condición que te pondré, claro.

—¿Qué condición?

—Un pacto entre los dos y lo querré por escrito y firmado.

—¿Después de todo me vas a liar a mí en un jaleo de esos con uno de tus pactos? —Efrén frunció el ceño, no entendía de qué hablaba, le sonreí, para que supiera que estaba todo bien.

—Claro que sí. Y lo harás. Porque si no firmas ese papel donde dirá que adoptas a Efrén y te conviertes en su madre, no me caso contigo.

Mierda, me puse a llorar sin poder controlarme y mi pequeño Efrén preocupado al verme así, pero era por alegría.

—Gracias —dije entre sollozos.

—Gracias a ti, mi amor. Estoy deseando veros mañana. Si no te importa, ¿puedes traerme la tablet mañana? Y arreglé con la empresa de telefonía un móvil nuevo también, solo tienes que pasar a recogerlo.

—Claro que sí, ahora mismo meto la Tablet en mi bolso para que no se me olvide y mañana recojo tu móvil donde me digas.

—Gracias, mi amor, ¿puedo hablar mientras con nuestro hijo?

—Por supuesto, cariño.

Los dejé hablando a los dos, divertido un rato. Yo estaba emocionada con que la boda seguiría adelante y que iba a ser la madre, legalmente de Efrén, no había mejor regalo en el mundo para mí que ese. Cuando se lo conté, lloró de la felicidad.

A la mañana siguiente, cuando llegamos al hospital, nos encontramos con la sorpresa de que ya habían pasado a Paul a planta. Podríamos estar con él todo el tiempo que quisiéramos y no tener que esperar por el horario de visitas.

Tardaron un poco en verlo allí, estaban haciéndole unas pruebas y sonreí al verlo entrar en la silla de rueda, mejoraba por momentos.

Aunque aún tenía mucho camino por delante, pero los progresos habían

sido muy importantes.

Al día siguiente comenzarían con la dieta blanda y poco a poco volvería a ser él.

Padre e hijo no querían separarse y los padres de Paul y yo tampoco queríamos perdernos esos momentos de felicidad, así que estuvimos allí hasta la noche. Me llevé a Efrén casi a la fuerza, no quería separarse de su padre, pero era buen chico, entendía las cosas.

Los días comenzaron a pasar y los avances de Paul se iban viendo. Ya había comenzado a dar pequeños paseos por el pasillo del hospital, comía mucho mejor... Su evolución era constante.

Hasta que llegó el día de que el doctor le dio el alta, pero con la condición de que tendría un seguimiento exhaustivo las siguientes semanas.

Paul se empeñó en ir a recoger a Efrén al autobús y cuando su hijo lo vio allí, casi le da algo por la alegría. Se abrazó a su padre y ya no había quien los separara.

—Lo logramos mamá —dijo mirándome—. Ya está papá con nosotros.

—Sí, mi amor. Tu padre es fuerte, nada puede con él —dije orgullosa.

—Dejad de exagerar que tampoco es para tanto —suspiró Paul, pero terminó sonriendo.

—La verdad es que solo fue un golpe tonto en plan aterriza como puedes —reí, bromeando.

Acabamos todos riendo a carcajadas. Llegamos pronto a casa y preparé el almuerzo mientras padre e hijo disfrutaban de un momento solos. Ya sentados para comer, me sentía como que todo había pasado por algo y de que por fin éramos una familia.

—Mamá te dijo que nos vamos a casar y que seremos una familia, ¿verdad? —preguntó Paul y Efrén afirmó con la cabeza— Y que llevarás su apellido porque te va a adoptar para ser tu mamá legalmente.

—Sí, soy muy feliz por eso, papá.

—Todos estamos felices por eso, cariño. Pero ahora tenemos, los tres, que

preparar una boda, una luna de miel... Muchas cosas, ¿ya hay ideas?

—Quiero que os caséis es Marzo —soltó el pequeño.

—Pues me encanta ese mes —sonreí.

—Pues el 13 es mi número favorito, así que... ¿Qué os parece? —Paul nos guiñó el ojo.

—¡Que la boda es el 13 de Marzo! —gritó Efrén, loco de la alegría, haciéndonos reír a su padre y a mí.

—Sobre la luna de miel, me gustaría Europa —sugirió Paul.

—A mí es que me da igual, después de todos los lugares que vimos... —le sugería a Paul— Que elija Efrén, por mí lo que decidáis, estará bien.

—Pues yo quiero ir a Tenerife porque mis amigos han ido y yo quiero ir allí —dijo enfurruñado.

—Pues si el niño quiere Tenerife, ¡a Tenerife que nos vamos! —dije decidida.

—Pues nada, adiós Europa, nos quedamos en Tenerife —rio Paul—. Así que vayamos preparando las cosas que nos coge el toro. Pero una cosa os digo, el viaje, sabiendo ya el sitio, es cosa mía y sorpresa.

Me reí, Paul y sus sorpresas. Después de almorzar, de organizar una quedada con amigos ya que Paul había vuelto a casa y de pasar una tarde relajada, en la cena, tuve que sacar el tema que necesitaba consultar con Paul.

—Tengo que incorporarme pronto a mi trabajo, en pocos días, pero yo me organizo para dejar al niño en el bus y para recogerlo también, no tendré problemas con eso y tú no tienes que moverte —dije mirando a Paul.

—¿Por qué no pides un año de excedencia? Nos queda la boda, el viaje... Nos queda mucho. No te pido que dejes de trabajar, aunque por mí lo harías, no te hace falta estando conmigo, pero no me meteré en tu decisión. Pero al menos ese año podemos disfrutar bien de todo lo que está por venir. Cuando termine, pues ya decides qué hacer.

—Sí, mamá, que tenemos que vivir muchas cosas, hazle caso a papá, por favor.

Me reí, no pude evitarlo.

—Decir que no me apetece es mentir, me gusta la idea —sonreí—.
Hablaré con el Señor Montiel el lunes.

La sonrisa de los dos me mostró los felices que estaban por esa decisión.

Y las gracias tenía que darlas yo, me estaban dando momentos tan felices que no quería separarme de ninguno de los dos.

3.



A la mañana siguiente, estaba tomándome mi café con Efrén a mi lado con su desayuno cuando Paul entró en la cocina, le puse el desayuno y se sentó con nosotros.

—Siento que no me funciona bien la cabeza —suspiró Paul, asustándome, pero se rio para relajarme—. Ayer pedí la compra a domicilio, llegará hoy sobre la una de la tarde y la comida de hoy también está lista, no hay que preocuparse por eso.

—Pues gracias, pensaba ir al súper ahora, pero conociéndote, no necesitaremos nada en semanas, exagerado que eres —reí.

—Para hoy pedí un cochinillo, tengo ganas de comerlo —le hacían chiribitas los ojos.

—Me parece genial —siempre pendiente a todo, eso no cambiaba.

—También encargué vino, algo de alcohol... No voy a dejar el botellero vacío —me guiñó el ojo.

—Llena lo que quieras pero no vas a beber, aún es pronto para ti —le advertí.

—¿Ni un poco de vino? —puso cara de pena.

—Una copa y mucho es, que después pasa lo que pasa —dije recordando cómo se convertía en el centro de atención cuando bebía.

—Mamá, es que tiene que celebrar que está con nosotros, déjale beber un

poco —pidió Efrén, entrando en la conversación.

—Ya veremos.... —suspiré.

—Lo que sí hay que mirar, Alba —siguió Paul después de agradecerle a su hijo que intercediera por él—, es que necesitamos a alguien que se encargue de las tareas de la casa.

—No hace falta, estoy yo. Si no trabajo, algo tengo que hacer.

—Entonces nos encargamos los tres de eso —dijo mirando a Efrén.

—¿Y yo por qué? ¿Qué hice para merecer eso? —resopló el pequeño.

—Si pringamos, lo hacemos todos —rio Paul, haciéndome reír.

A media mañana llegaron Noemí y Javi cargados de bolsas. No importaba que se les dijera que la comida corría a nuestro cargo, ellos traían lo que quisieran. Lola y Francisco llevaron con las botellas de vino y el cochinillo... Y todos ignoraron el que la comida era cosa nuestra.

Entre todos organizamos la comida, pusimos la mesa y ninguno dejó que Paul hiciera el más mínimo esfuerzo.

Con nuestra primera copa de vino en las manos antes de sentarnos a comer, Paul se dispuso a hacer un brindis. Todos nos levantamos para acompañarlo en ese momento.

—Seré rápido, solo quiero brindar porque pronto será el mejor día de mi vida y es gracias a esa mujer me señaló—. El trece de marzo nos casaremos y en unos días estarán listos los papeles para que se convierta en la madre legal de mi pequeño.

Se escucharon vítores, todos nos felicitaban por la noticia, estaban felices por nosotros. Lola lloraba y nos reñía por hacerla llorar, provocando las risas en todos los demás.

Tras las felicitaciones, nos sentamos a comer y les conté mi decisión de pedir un año libre de trabajo. Siempre me gustaba tenerlos al día de todo. Lola se reía, diciendo que ese año se alargaría y que ya no volvería en la vida.

Las risas fueron el ingrediente principal de esa reunión que tanto necesitábamos y con la que tanto estábamos disfrutando.

Ya en la cama, dormida después de un gran día con mis amigos, me sobresalté con el grito de Efrén. No tardé en levantarme y en ir a su dormitorio asustada, había tenido una pesadilla, así que me tumbé junto a él para relajarlo y nos dormimos abrazados.

Por la mañana, al despertarme, ya estaba Paul en la cocina. Le expliqué lo de la noche anterior con Efrén y pensamos que todo había sido demasiado para el pequeño.

Quizás necesitaba un poco de aire, así que pensamos en pasar el día por la ciudad, lo que Paul aguantara, por supuesto.

Quedamos y almorzamos con mis padres y después de eso, con Paul ya muy cansado, volvimos de nuevo a casa, el resto del día lo pasaríamos descansando.

Estaba llamando a Efrén para que viniera a merendar, extrañada de que no me respondiera, fui a su dormitorio y me extrañó verlo en la cama, acostado.

—Cariño, ¿estás bien?

—No, mamá, tengo mucho frío... dijo con mala voz.

Preocupada, busqué el termómetro, tenía fiebre. Llamé a Paul y no tardó en avisar al doctor para que viniera a casa. Una gripe que lo mantendría unos días en cama. Así que preparamos el sofá con mantas y pasamos la tarde juntos, incluso dormimos juntos en la cama de matrimonio, intentando molestar a Paul.

Por la mañana el pequeño ya estaba algo mejor, así que después de darle los medicamentos, fui a hablar con el Señor Montiel para lo de la excedencia. Gracias a Dios, le pareció bien, no me puso ninguna pega, otra cosa más solucionada.

Entré en mi despacho y recogí mis cosas. Al salir de allí, me encontré con Mark, pero lo ignoré, como si no lo hubiera visto. Me despedí de mis compañeros y les dije que nos veríamos pronto, agradeciéndoles tantos buenos deseos por mi próxima boda.

Después del trabajo, me acerqué al juzgado para solicitar la

documentación que necesitaba para mi enlace con Paul y según me dijeron, pronto la tendría en casa.

Con los medicamentos también comprados, la visita al súper para algunas cosas que necesitábamos en casa... Regresé a mi hogar con los hombres más importantes de mi vida.

Tenía que cuidarlos y amarlos por siempre.

4.



Los papeles para la adopción ya estaban listos, la recuperación de Paul iba viento en popa y Efrén estaba sacando muy buenas notas, muy dedicado a sus estudios.

Con respecto a la boda, todo preparado.

La luna de miel también.

Estábamos ya en el mes de Noviembre y aún no había llegado el frío, pero tardaría poco en hacer acto de presencia.

Yo me sentía feliz junto a los dos hombres de mi vida, me sentía plena, dichosa por tenerlos conmigo, la vida era más bonita así, teniéndolos a mi lado.

Era sábado y me estaba tomando un café, los dos seguían dormidos y yo disfrutaba del silencio. Recordaba por todo lo que habíamos pasado desde el accidente de Paul y le daba gracias a la vida por habernos dado una nueva oportunidad de ser felices.

—Buenos días, mamá —dije Efrén entrando en la cocina.

—Buenos días, corazón —sonreí.

—¿Hace mucho que te levantaste?

—No, pensé que dormirías más.

—No tenía sueño —vino a darme un abrazo—. No te vayas a mover, sigue con el café que yo sé prepararme el Cola cao solo.

—Está bien, pues te unto una de estas tostadas, están aún calentitas.

Los momentos con Efrén me encantaban, adoraba a ese pequeño, lo elegiría incluso por encima de Paul, esa era la verdad. Se sentó con su Cola cao ya listo y me miró.

—Mamá, te tengo que contar algo, pero no le puedes decir a papá.

—Tranquilo, sé guardar secretos.

—Ha llamado Salma, me desperté porque oí el móvil de papá. Él estaba hablando y decía algo de que no le tocarse... La moral o se enteraría de quién era él. Le dije que lo dejara de llamar y que dejara de meterse en sus cosas y en su vida. Que él no iba a acceder, que eso lo tuviera muy claro.

—No diré nada, puedes estar tranquilo, pero creo que iré a ver si oigo yo algo, a lo mejor tu padre necesita un poco de ayuda.

No sabía qué quería esa mujer ahora.

—Como quieres, sé que siempre quieres ayudar a papá.

Fue a levantarme cuando Paul entró en la cocina.

—Buenos días, mis amores, ¿de qué habláis? —preguntó, se acercó y nos dio un beso a cada uno.

—Cosas nuestras, son como secreto que nadie más puede saber —le guiñé un ojo a mi pequeño, tranquilizándolo con que no le diría nada a su padre.

—Vaya, pues no sé si me gusta eso —rio Paul—. Tenía ganas de quedarme en la cama hasta el mediodía, pero la pesada de Salma llamó y me despertó —refunfuñó.

Sonreí con la cara de Efrén al ver que su padre hablaba de la llamada con naturalidad, sin ocultarlo.

—Ella no tiene que llamar, no tiene que molestarnos, ¿por qué lo sigue haciendo? —preguntó Efrén, enfadado.

—Le gusta tocarme la moral, como siempre —suspiró Paul—. Se acerca la fecha de la fiesta solidaria con la que colaboro todos los años, este año es en Mallorca. La pesada me llamó para que fuera con ella, como si fuéramos grandes amigos. No se entera de que no accederé a algo así. Entonces me

amenazó con hablar pestes sobre mí y tuve que amenazarla para que mantuviera el pico cerrado. Como diga lo más mínimo, acabo con su trabajo. No iré con ella ni a tomarme un café, a ver si lo entiende de una vez.

—Pues no le cojas el teléfono, papá, la puedes bloquear, que no espabilas —el niño puso los ojos en blanco, haciéndome reír por regañar a su padre.

—No hace falta, sé bien lo que hago —sentenció Paul.

Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa.

Yo preferí mantenerme en silencio porque si le llego a coger la llamada yo, sí que no tengo miramientos en mandarla bien lejos y sin educación ninguna.

—¿Y hoy qué haremos? —pregunté cuando el silencio se me hizo pesado, intentando cambiar el tema.

—Pues a desayunar, a vestirnos y nos tenemos que ir que os tengo una sorpresa —sonrió Paul.

—¿Una sorpresa? —pregunté.

—Será divertido —sentenció Paul.

—Divertido para ti es comer en un restaurante y disfrutar de una copa de vino, papá, así que como sea eso...

—Te quejarás de cuando salimos a comer, siempre os llevo a los mejores sitios y busco donde haya parques para que no te aburras.

—Pues a mí si vamos de compras... Mejor diversión no hay —reí.

—Aquí se hace lo que yo planeé, que para eso es mi sorpresa. Haced la maleta, estaremos fuera hasta mañana por la noche —rio Paul.

—Vaya por Dios y yo que quería un finde de sofá, relax, películas y helado —resoplé.

—Lo haces cuando volvamos, no te preocupes por eso —bromeó Paul.

Intentamos sacarle algo más sobre la sorpresa, pero fue imposible. Desayunamos, hicimos las maletas y nos vestimos para saber con rumbo a... Solo él sabría dónde.

Ya en el coche, fue dirección Sevilla. Me reí cuando me recordé la de fines

de semana que había estado allí con Lucas y por lo que dijo Paul, supe que también se dio cuenta.

—Tenemos a una que nos puede hacer de guía, conoce muy bien esos sitios —eso era una indirecta muy directa.

—Pues sí, pero el final de la ruta creo que no podré enseñártelo —si él era chulo, yo lo era más.

—¿En esas estamos? Muy bien... —entramos en el parking del hotel y aparcó el coche.

—Yo estuve en Sevilla, pero sé de otro que se fue a Estados Unidos —dije antes de bajarme del coche, yo iba a tener la última palabra, seguro.

Dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos a pasear por la ciudad. Ese lugar precioso, con ese casco antiguo que tanto me gustaba. Comimos en un buen restaurante donde Paul ya tenía hecha una reserva.

—Wow, papá, de verdad que tu plan sí es divertido. Andar por Sevilla y sentarnos a comer en un restaurante. Si es que no cambias —resopló Efrén.

—Cuando os sorprenda, os quejáis, no mientras —rio Paul.

—No, si sorprendidos ya estamos —reí yo.

—Los circos desapareciendo y yo con dos payasos cerca —suspiró Paul.

—No es tan malo el circo, al menos no te pierdes, como en El Caribe —recordé aquel momento del secuestro.

—Eres mala persona —me dijo.

—No entiendo lo de El Caribe, explicadme. Habláis mucho de eso y nunca me habéis contado nada —pidió Efrén.

—Tu padre te lo contará encantado —dije mirando a Paul.

—Claro que sí, pero mejor otro día —dijo con tranquilidad, haciéndome reír.

Tras la comida, volvimos a pasear por la ciudad y llegamos al hotel por la tarde. Paul nos dijo que nos ducháramos y nos arregláramos con ropa cómoda que volvíamos a irnos, pero no dio más pistas.

Cuando minutos más tarde nos vimos en Isla Mágica, a Efrén le brillaban

los ojos de la emoción. Su padre había conseguido un pase privado e íbamos a disfrutar de ese lugar.

—¿Ves como no soy tan aburrido? —sonrió Paul en la puerta de isla Mágica.

—Gracias, papá, nunca olvidaré esto —dijo dándole un abrazo.

Pasamos una tarde perfecta, cenamos allí, terminamos a las tantas de la noche. La verdad que sí había sido una sorpresa y los tres habíamos disfrutado como niños pequeños, fue un momento inolvidable.

Con esa noche mágica, Efrén cayó rendido en la cama.

Al día siguiente salimos de regreso, paramos por el camino para comer, no teníamos prisa por llegar. Efrén tenía que estudiar, pero tenía tiempo de sobra para ello.

Cuando llegamos a casa, tras una ducha y deshacer las maletas, el pequeño se puso a estudiar y Paul y yo nos tomamos un café en el porche, disfrutando de ese momento juntos.

—¿Está el viaje a Tenerife listo entonces? —pregunté.

—Ya te dije que sí varias veces —rio.

—Es que quiero que me cuentes, organizar contigo... —siempre intentaba saber qué estaba organizando, pero nunca me dejaba.

—No, eso es cosa mía, ya te lo dije. Demasiado que sabes adónde vamos, pero no vas a saber nada más.

—Solo quería saber que lo de la boda va bien —a ver si así le daba pena, pero tampoco iba a colar.

—Pues todo bien, sí.

—Ajá... ¿Y lo de la celebración será donde elegí seguro, no?

—Sí, claro, pero solo tenías que elegir, de lo demás me encargaba yo —me recordó de nuevo.

—Es que así me comen las dudas, Paul.

—Pero si te enseño las cosas.

—Aun así, como no me dejas hacer nada más que ver fotos...

—Bueno, es que es lo que hay. Porque a lo mejor son fotos falsas y nada es como tú crees...

—No me la juegues, te lo advierto —lo señalé con el dedo, amenazándolo.

—¿Confías en mí? —preguntó muy serio.

—Clatro que lo hago, Paul —dije rápidamente, lo hacía.

—Entonces solo tienes que estar pendiente al vestido y a la ropa del niño y enseñarle cómo llevar los anillos. De lo demás me encargo yo, ese día será el más bonito de nuestras vidas.

—De eso sí que no tengo dudas. Está bien, no volveré a preguntarte más.

Eso no pasaría, por mucho que confiara en él y en su buen gusto, es que yo quería saber las cosas de mi boda, era inevitable que preguntara de vez en cuando.

Por cómo me miró entendí que tampoco se creía que no volviera a hablar del tema.

Así era yo, tendría que vivir con ello por el resto de su vida.

5.



Me había despertado y me levanté para prepararme un café. Fui hacia la cocina y abrí el frigorífico para coger la leche, no sin antes darle un buen sorbo, me encantaba hacer eso desde que era pequeña. Me estaba lamiendo los labios cuando noté a Paul en mi espalda, pegado a mí. Puso sus manos en mis pechos y los apretó suavemente. Dejé la leche en su sitio y eché la cabeza para atrás, apoyándola en él mientras disfrutaba de sus manos en mi cuerpo.

Sus labios encontraron los míos y nos besamos con el deseo ya formando parte de los dos. Me di la vuelta, quedando cara a cara contra él, cerró la puerta del frigorífico y me hizo apoyarme en él, con su cuerpo aprisionando el mío.

Nos besamos, los gemidos salieron de nuestras gargantas.

—Sh...

—Aún duerme —susurró.

—Sí, lo sé, pero se puede despertar.

—Está profundamente dormido, ni una bomba lo despertaría —sonrió Paul
—. Quédate tranquila por eso.

—No hagas eso, Paul, mejor en la habitación, con el pestillo. O esperamos para otro momento cuando no nos pueda pillar.

Paul cogió mi mano y la puso en su entrepierna. Dios mío, pues así no sabía si iba a poder esperar mucho.

—¿Crees que puedo esperar así? —gimió.

—Pero sin hacer ruido. No podemos gemir. No podemos hablar. Nada, Paul.

—Como quieras, yo sé cómo contenerme, el problema es que puedas hacerlo tú —bromeó—. Con lo que te gusta chillar...

—Pero bueno —le reñí, dándole con mi mano en la boca.

Nos quedamos mirándonos a los ojos antes de que nos devoráramos las bocas el uno al otro.

Nos besamos hasta casi perder la cabeza. Dejé sus labios para bajar y colocarme de rodillas, delante de él. Su pantalón estaba mojado y sonreí por ello, estaba al límite, lo tenía a punto de explotar.

Con mis manos, bajé su pijama y el bóxer y dejé su erección al margen. Lamí su miembro y sonreí de nuevo con el gemido sordo que emitió.

Jugué un poco con él, pero sin llegar a meterme su pene en la boca.

Viendo lo desesperado que estaba ya, quise jugar un poco, así que me levanté y volví a abrir el frigo.

—¿Pero qué haces? —preguntó desesperado— No tienes que buscar nada ahí, la comida está en mi entrepierna —rio.

—Un poco de paciencia, no soy tan mala persona...

Con un poco de aceite de coco en los dedos, me giré para ponerlo en su glande y volver a jugar con él. Me agaché de nuevo y entonces sí, la metí dentro de mi boca y comencé a lamerlo como necesitaba y como yo estaba deseando hacerlo.

Estaba duro y yo feliz por ello.

Lamí, apreté, lo llevé al límite hasta que noté que iba a terminar en mi boca. Entonces paré y lo miré a los ojos, viendo cómo estaba a punto de explotar.

Me levanté y me apoyé en la mesa, mostrándole mi trasero.

—¿Y si mejor acabas aquí? —ronroneé.

No tardó mucho en estar a mi espalda, penetrándome con su pene erecto.

Se movía con fuerza, las cosas que estaban en la mesa cayendo al suelo, formando un gran estruendo.

—Amor, cuidado —le advertí, pero no quería que parara.

—Cuidado cuando me estás volviendo loco... Imposible.

—Eso te pasa por querer hacerlo cuando hay niños en que están a punto de despertar —me reí.

—Te voy a dar niños —gimió y me penetró de nuevo con fuerza.

No hubo descanso, no había control, todo era disfrutar el uno del otro y vivir esa pasión que sentíamos en ese momento. Terminó dentro de mí, con el orgasmo haciéndose dueño de nuestros cuerpos. Cuando pudimos respirar, nos colocamos la ropa y lo abracé, sintiéndome plenamente satisfecha.

Y dando gracias a Dios porque Efrén seguía dormido.

Pero no taró mucho en que el pequeño entrara en la cocina. Normal con la de ruido que habíamos hecho, el pobre se habría asustado. Se quedó mirando el desastre y a nosotros dos, que nos hacíamos los tontos.

—¿Pero qué pasó aquí? —preguntó el pequeño.

—Eso queremos saber. Debe de haber sido un duende o algo. Bajamos a ver al escuchar los ruidos, pero no vimos a nadie —Paul se encogió de hombros—. ¿Te preparo el desayuno? —sonrió.

—Dices cosas muy extrañas, papá. Un duende... —suspiró— Sí, tengo hambre —dijo sentándose a la mesa, haciéndonos reír a Paul y a mí.

Ese día, de esa manera, comenzó la rutina de la escuela de nuevo. El mes pasaba y el día de la boda estaba cada vez más cerca.

Mi traje ya estaba elegido y lo demás todo preparado para ese gran día cada vez quedaba menos.

El último fin de semana del mes decidimos hacer un viaje los tres juntos, elegimos Roma para pasar ese fin de semana, Efrén estaba muy emocionado por pasar ese tiempo con Francesco y Lola.

La verdad es que fue impresionante, nos divertimos mucho y conocimos cada uno de los lugares emblemáticos. Pero, sobre todo, disfrutamos de la

ciudad los tres juntos.

La Fontana di Trevi, el Coliseo, la visita al Vaticano, todo lo que visitábamos era realmente precioso y los momentos con los dos hombres de mi vida y con nuestros amigos los recordaría toda la vida.

Era nuestra última comida con Francesco y Lola antes de salir hacia el aeropuerto, de nuevo rumbo a la rutina, pero nos había venido muy bien esos días de desanexión y de disfrutar los tres juntos de un viaje en familia.

—Quiero quedarme más tiempo o venir más veces, papá, me gusta mucho Roma —dijo Efrén mientras comíamos pizza.

—Dile a tu padre que se venga a vivir una temporada aquí —rio Francesco, animando al pequeño.

—No se puede con sus estudios, pero venir de vacaciones unos días, todas las veces que podamos —dijo Paul.

—¿Y por qué no venís y pasáis las Navidades con nosotros? —ofreció Lola.

—Yo tenía planeado el estar en Nochebuena con la familia de mi amor — Paul me señaló—, comer el día de Navidad con mis padre y después sí podíamos perdernos unos días.

—Pues ahora me entero, ¿tú ves eso normal? —lo miré.

—¡Sorpresa! Nos vamos de viaje en Navidad —rio Paul—. Francesco, si os animáis... Pero solo si lo mantienes en secreto y que ninguna se entere de nada, que como una lo sepa, ya lo sabe la otra.

—A mí me da igual no saber, yo me apunto adonde sea, con tal de irme —rio Lola.

—Pues yo tampoco quiero saber adónde vamos, nos apuntamos. Dime lo que cuesta, te doy el dinero y me llevo también la sorpresa yo, no me importa el lugar —rio Francesco.

—Entonces perfecto. Salimos el 26, llegaremos el día antes de Reyes, así que van a ser unas Navidades especiales —sonrió Paul.

—Vale, yo también me apunto, papá —dijo Efrén con todo su arte,

haciéndonos reír a todos. Como si no viniera de todas maneras...

—Preparad los pasaportes, en unas semanas estamos todos de viaje —sentenció Paul.

—Si lo organizas tú, tengo por seguro que me lo voy a pasar bien —rio Lola, estaba emocionada.

Nos despedimos de ellos un rato después y nos fuimos para el aeropuerto, nuestro viaje se terminaba, pero pronto nos veríamos para hacer otro juntos. Así que la despedida fue mucho más fácil para todos.

Vuelta a casa, vuelta a la rutina.

Las cosas seguían su rumbo. Una de esas mañanas, tras dejar a Efrén en el autobús que lo llevaba al colegio, decidí pasarme por la plaza para comprar algo de pescado. Me tomé un café antes en la cafetería y me dispuse a irme de compras. Primero una vuelta por todos los puestos antes de elegir dónde compraría.

Estaba en mi mundo cuando escuché cómo me llamaban. Me giré y me encontré, cara a cara, con Salma. Maldita suerte la mía.

—Hola —dijo muy seria.

—¿Qué tal, Salma?

—Pues no estoy bien, estoy muy decepcionada, para qué mentirte, no me gusta nada cómo se está portando Paul conmigo.

Evité poner los ojos en blanco y echar humo por las orejas, iba a empezar a calentarme rápido.

—La verdad es que no sé de lo que hablas, pero no creo que entre vosotros haya nada como para que esperes algo de él y te decepciones por no tenerlo —le solté.

—Estuvimos casados, me debe un respeto y se está portando mal en temas en los que debe de dar la cara.

—No sé de qué hablas, de verdad. Pero que haya estado casado contigo no significa que te deba nada, ¿no crees? Ya estáis separados, ambos sois libres. Y ser libre es no deber...

—Es como si hubiera desaparecido, como si la tierra se lo hubiera tragado. Dejó todo a un lado y tiene que dar la cara en algunas cosas, luchó mucho por ello. Y ahora mira...

Ya imaginaba de qué hablaba, obviamente.

—Si hablas de las causas en las que colaboraba, no dejó de hacerlo. Así que sigo sin entender de qué hablas entonces.

—¿No dejó de hacerlo? ¿Porque da dinero? No todo es eso, tiene que ir y aparecer y dar la cara —repitió.

Como lo dijera de nuevo, la que le iba a dar en la cara era yo, pero con mi mano abierta, qué cansina era.

—Lo que me quieres decir es que te acompañe a esos eventos supongo...

—Claro, ¡es lo que debe hacer! Como siempre hicimos.

—Verás, es que creo que no lo entiendes. Él no deja nada de lado, sigue aportando económicamente y seguirá asistiendo a esos eventos cuando crea oportuno. Pero no contigo, lo hará con su futura esposa, ¿no crees?

—Así que hay planes de boda...

—No, no son planes. Es un hecho, todo listo ya para ese gran día —dije muy seria.

—Pues te deseo que no te vaya tan mal como a mí...

—No creo que eso pase, yo sí cuido lo que merece la pena, Salma.

Y la dejé allí, con la palabra en la boca.

Estúpida...

6.



Dejé esa mañana a Efrén emocionado montándose en el autobús porque lo recogería su padre a la salida, llevaba una sonrisa en la cara impresionante. Regresé a casa, dispuesta a ponerme a cocinar desde temprano. Me tomé un café y me puse con la comida, no tardé mucho en oír cómo llegaba el coche de Paul, salí a recibirlo con una gran sonrisa. Salió del coche con un enorme ramo de rosas, me emocioné tanto...

Abrí la tarjeta y leí la nota.

“No sé cómo agradecerte que estés en mi vida, que formes parte de ella. Gracias por todo, mi amor y por ser la madre que Efrén necesita. Eres lo que me alegra la vida. Te amo.”

Se me saltaron las lágrimas con ese detalle, me lo iba a comer a besos. La pasión se hizo cargo de nosotros, terminamos sobre la mesa de la cocina, sudorosos y extasiados.

Habíamos pasado por muchas cosas, habíamos luchado mucho, pero había merecido la pena por lo que teníamos. Con él era feliz, me sentía amada, libre. Me sentía viva.

Esa misma tarde, salimos hacia Zahara, donde pasaríamos el fin de semana con Francesco y Lola. Sólo íbamos a estar un par de días, pero con la cantidad de comida que llevaba Francesco, cualquiera diría que iba a la guerra. Madre mía, qué exageración.

Íbamos a salir cuando recibí una llamada de mi hermana para decirme que se quedaría con Efrén, que tenía planeado irse a la Warner a Madrid y quería llevarse al pequeño. Como a Paul le pareció buena idea que pasara el fin de

semana divirtiéndose, se lo acercamos antes de marcharnos. Nos despedimos de él comiéndonoslo a besos, lo íbamos a echar mucho de menos, pero seguro que se lo pasaría mejor de viaje con mi hermana que con nosotros. Y la alegría y los gritos de Efrén me daban la razón. Al final, nuestra escapada fue de solo las dos parejas, mira por donde íbamos a poder beber lo que quisiéramos.

Nada más llegar adonde nos íbamos a alojar, Francesco preparó unos Gintonicos y ese fue el inicio de un fin de semana de relax, comida, bebida y muchas risas para nosotros.

Y la bebida, como es bien sabido, no le sentaba a Paul muy bien. A la hora de la cena ya estaba perdiendo la cabeza y hablando sin control.

—Levantaos, quiero brindar —tartamudeó y todo, haciéndonos reír, la que había cogido era chica...

Hicimos lo que nos pidió, nos levantamos y elevamos nuestras copas, entonces empezó la charla...

—Quiero brindar por ti, Lola, por ser como eres y por ser importante para mí. Gracias a ti conocí al mejor hombre del mundo, mi hermano Francesco.

Me tuve que reír, conociéndolo, eso iba para largo. Y esa borrachera le había dado por ser sentimental.

—Te quiero, hermano —dijo Francesco, pero Paul lo mandó a callar, él quería seguir hablando.

—Quiero brindar por ella —me señaló—, por Alba, por la mujer más importante de mi vida. Le tengo que agradecer a la vida que te haya puesto en mi camino. Nada más vete supe que tenías que ser mía, te quería como la madre de mis hijos y ahora ya eres madre de uno —sonrió—. Eres la mejor persona que conozco, eres una mujer de bandera. Nos conocimos por casualidad y no te voy a dejar escapar. Porque te amo.

Pues nada, él borracho y melancólico y yo llorando, si es que era una sentimental. ¿Pero cómo no serlo con las cosas que me decía?

—Te conocí en la revista y doy gracias por ese momento, por la cabeza que nos tomamos, por los recuerdos de Roma y Tailandia. Y por el secuestro

que todos os creísteis —rio, haciéndonos reír a todos los demás porque de verdad que nos engañó a todo.

—Sois grandes personas —Siguió Francesco—. He conocido a mucha gente buena en la vida, pero tú, hermano, eres de lo mejor. Y puedo jurar que nadie ha sentido estar viviendo tanto un viaje en montaña rusa como yo desde que te conocí —nos reímos de nuevo, ya a carcajadas.

—Nunca olvidaré cuando Noemí se tiró en la fuente, en Roma, ¿os acordáis? —rio Paul— Momentos como ese no los olvidaré nunca, son parte de nuestra amistad.

—Sí, hermano, son los mejores momentos —afirmó Francesco, afirmando con la cabeza.

—Nuestra amistad es verdadera —siguió Paul—. Y pasaremos las mejores Navidades todos juntos, serán irrepetibles, os lo prometo.

—Claro que sí, hermano, serán las mejores —volvió a afirmar Francesco.

—Porque me conocéis y sabéis que sé organizar lo mejor, así que sabéis que serán las mejores, no os fallaré.

Lola y yo nos miramos, la que nos quedaba con la borrachera de esos dos...

A lo tonto nos dieron las cuatro de la mañana escuchando a los dos sentimentales.

El fin de semana se nos fue en nada. Cuando nos dimos cuenta, ya estábamos de camino a casa. Recogimos a Efrén en casa de mi hermano, no hacía mucho que habían llegado y nos dio un abrazo al vernos.

Se pasó todo el camino en coche contándonos lo bien que se lo había pasado, todo lo que había hecho, en todas las atracciones que se había montado. No dejaba de hablar y Paul y yo lo escuchábamos encantados.

Lo habíamos echado mucho de menos, pero también nos había venido bien pasar ese fin de semana sin niños.

La rutina se hacía cargo de nosotros, los días pasaban rápidamente. Y la verdad es que me encantaba mi vida.

Llegó Nochebuena, la pasamos con mis padres, fue una perfecta noche en familia. A la mañana siguiente, salimos hacia Málaga, a casa de los padres de Paul para comer con ellos y fue otra comida también en la que me sentí muy bien, para mí ya eran mi familia.

Nos despedimos de ellos ya que en unas horas nos íbamos de viaje, sin saber adónde. Y no fue hasta que estuvimos en el aeropuerto los tres, con Lola y Francesco también, que nos enteramos de que nos íbamos ¡al Caribe!

No podía creérmelo, si es que este Paul...

El vuelo se nos hizo eternamente largo, Lola estaba aburrida y yo a punto de subirme por las paredes, quería llegar ya.

Cuando tocamos tierra, nos llegó la segunda sorpresa: un crucero por el Caribe.

Pues sí que nos había sorprendido el amor de mi vida.

7.



Aquel crucero era una maravilla, era todo un lujo y un espectáculo. Cuando entramos en el camarote que nos tocó, Efrén comenzó a chillar porque aquello era impresionante. Con una gran terraza con hamacas donde tumbarse en las noches mientras se contemplaba el mar.

Nuestro camarote tenía una habitación pequeña contigua que sería para Efrén, solo se podía entrar allí desde nuestra habitación, no desde el exterior, lo que estaba muy bien.

Lola y Francesco estaban en el camarote de al lado, igual de espectacular que el nuestro.

Estábamos todos ilusionados por el crucero que íbamos a realizar.

Teníamos una bandeja con bombones encima de la cama y en una de las mesillas, una cubitera con una botella de champán para darnos la bienvenida al crucero.

Después de dejar las maletas y organizar la ropa, nos dimos una ducha y nos vestimos para ir a cenar al restaurante.

Cuando salí del camarote, me encontré a Lola, gritando de la felicidad, flipando con todo eso. Nos dijo que tenía una cama supletoria y que Efrén se podía quedar también a dormir con ellos. El pequeño sonrió, diciendo que él sabía de más para qué su padre y yo queríamos quedarnos solos a dormir, nos hartamos de reír, era muy listo para su edad.

Al llegar al restaurante, nos acompañaron hasta la mesa y se presentaron los camareros que, a partir de esa noche, nos atendería, ya que sería nuestra mesa todo el viaje.

La chica, Judith, la que les tocaba nuestra mesa, se quedó embobada con Paul nada más verlo y no se cortó con ello. Lola, que también se dio cuenta, me hizo señales para advertirme que estuviera pendiente a ella.

Conmigo iba a poder jugar poco...

Pero durante toda la cena estuvo haciendo un numerito para llamar la atención de Paul.

—Como siga así... Va a nadar porque la voy a tirar en mar abierto — resoplé una de las veces que dejó un plato delante de Paul y le faltó ponerle los pechos en la boca.

—Estás exagerando —dijo Francesco.

—¿Te parece que exagera? —Lola no salía de su incredulidad.

—Tengamos la fiesta en paz —pidió Paul.

Cuando tuvo que rellenar la copa de vino de Paul, lo miró a los ojos, descarada, antes de hablar.

—Señor, puede usted probar... —no sonó a que tomara el vino, por supuesto.

Con todo el enfado que tenía, cogí yo la copa de vino.

—Ya si eso lo pruebo yo —dije—. Él mejor que pruebe lo que quiera en el camarote.

—Como quiera, señorita. Pruébelo usted.

—¿Señorita? A él le llamas señor, entonces creo que a mí deberías dirigirte como señora ya que soy su esposa, ¿no te parece?

—Claro, señora.

Rellenó las copas a los demás y se marchó. Y menos mal o iba a cogerla por los pelos y a hacerla nadar con los tiburones.

—Se te fue la cabeza, Alba, ¿pero qué te pasa? —me preguntó Paul, enfadado.

—A mí no se me fue nada. Es una descarada y si tú no eres capaz de cortarla, pues tendré que hacerlo yo. Si no te parece bien, me levanto y me voy y te quedas con ella —dije echando humo.

—No me hables así...

—A ver, Paul —intervino Lola—. Alba tiene razón y no es la única que se ha dado cuenta de cómo actúa y qué quiere esa mujer. Está claro que los hombres sois algo cortitos con eso, pero nosotras no. Así que deja de hacer el tonto y acepta lo que buscaba. No puedes, encima, hablarle así a Alba cuando la culpa es de la otra y eres tú quien tenía que haberla parado.

—Tú lo has dicho, yo soy quien tenía que pararla, no ella hablar así. Y lo hubiera hecho si hubiera seguido con el mismo juego.

—Si hubiera seguido dice —resoplé—. Si espero que tú cortes algo así, me entierran. Bien que en Madrid, con esa camarera, fuiste muy borde, ¿lo recuerdas? Pues ahora lo soy yo y te aguantas —solté.

—Alba, por favor, tengamos la fiesta en paz. Vinimos a disfrutar —pidió Paul.

—Entonces no me recrimines por hacer lo que debo ni me cuestiones, Paul —escupí.

—De verdad, haz lo que quieras —resopló.

Claro que iba a hacerlo y ahí que volvía la camarera a ponerme de más mal humor del que ya estaba. Le colocó a cada uno su plato delante, con una presentación increíble y la última fui yo, con un plato que parecía que se les había olvidado adornar.

Yo es que estaba flipando.

Así que con toda mi cara dura, como Paul tenía el mejor, cogí y cambié nuestros platos ante la cara de estupefacción de la camarera y las risas de Lola.

—Mejor me quedo con este, Paul. Tiene mejor pinta que el mío y como siempre me dices que lo mejor para mí... Pues para mí —sonreí.

—Claro que sí, mi amor —sonrió Paul.

—A ver si la próxima vez tengo yo un plato tan bien preparado como el de mi padre —soltó Efrén, dejándonos a todos con la boca abierta por el comentario.

—Yo no los preparo, pero prometo que el próximo intentaré que se lleve usted el mejor —le sonrió Judith al niño.

—Es que eso no me parece justo, lo justo es que para todos sea igual de buenos. Mi papá ha pagado mucho por este crucero y se supone que todo debe de estar perfecto, pero perfecto para todos, ¿no? —siguió Efrén.

—Tiene razón —dijo Judith antes de retirarse.

Me quedé mirando al pequeño, no podía creerme lo adulto que había sonado en ese tema y estaba claro que tenía toda la razón del mundo. Todos lo mirábamos, pero ninguno éramos capaz de decirle nada, no sabíamos ni qué decir.

—Es que no es justo, papá. Hemos venido para pasarlo bien y ya empiezan los malos rollos. Tu otra mujer ya nos hizo mucho daño, ni puedes dejar que otra a quien no conoces ponga mal a mi mamá.

—Tienes razón, hijo y no quiero malos rollos aquí. No me gusta cómo se ha comportado esa chica y lo arreglaré. Pero hemos venido a pasarlo bien y eso vamos a hacer. Nadie va a molestar a tu madre —Paul cogió mi mano, le dio un apretón y la besó.

Seguimos comiendo hasta que la camarera volvió a aparecer y, por su cara, supe que tenía ganas de liarla. Como me buscara, me iba a encontrar, eso seguro.

Empezó, de nuevo, a rellenar la copa de vino de Paul y mi amiga Lola no tuvo reparos en saltar en ese momento.

—Señorita Judith, o señora, perdóneme... No sé cómo dirigirme a usted.

—Como desee, señora.

—Muy bien. Hazme un favor y comienza a cuidar tu trabajo porque no lo estás haciendo. Coge a tus compañeros de ejemplo, el otro chico que nos atiende tiene mucho que enseñarte sobre modales. En esta mesa, y en todas, siempre se sirve primero a las mujeres. Así que hazlo, porque da la impresión de que trabajas solo para servir al señor Castro.

—Lo siento, señora, si no le gusta cómo hago mi trabajo, puede poner una

queja, pero sé cómo debo hacer mi trabajo y usted no me va a decir si lo hago bien o mal.

Lola cogió aire para, seguramente, ponerla de vuelta y media cuando Paul se le adelantó.

—Retírese de la mesa, por favor, no queremos sus servicios —le hizo señas a otro camarero para que se acercara.

—Dígame, señor —dijo el chico, educado.

—Si me puede hacer un favor... Quiero hablar con el jefe del restaurante del crucero. Dígale que el señor Castro necesita hablar con él.

—Claro que sí, señor, ahora mismo —el chico hizo un gesto con la cabeza y se retiró en busca del jefe del restaurante.

Judith, sin decir nada, también se marchó. Era estúpida, simplemente eso.

El jefe del restaurante no taró en llegar, se acercó a él y Paul le contó todo lo que había ocurrido con la camarera. La cara del pobre hombre era de un horror absoluto, no se lo podía creer.

—Lo siento mucho, señores —el pobre hombre se disculpó con todos nosotros—. Les pido disculpas en nombre de toda la compañía con la que viajan. Notificaré lo que ha ocurrido y sé que tendrá consecuencias, no permitimos un trato así a nuestros clientes. Les prometo que no volverá a suceder, tienen mis palabra. Ahora mismo me encargo de asignarles otro camarero, confíen en que tendrán al mejor.

—Muchas gracias —sonrió Paul.

—Gracias a ustedes por su comprensión. Lo que necesiten, solo tienen que avisarme, estoy a su entera disposición. Ahora, si me permiten, voy a por su camarero.

Pues menos mal que Paul había sacado las uñas de una vez y que me había dado el lugar que merecía.

Dando las gracias al jefe del restaurante, nos despedimos de él y unos minutos más tarde, se acercó a nuestra mesa un chico que se presentó como nuestro camarero personal, Lucas. Se notaba que era un profesional, así que

me quedé mucho más tranquila y el resto de la cena intentamos olvidar el incidente con Judith.

Después de cenar, asistimos a una obra de teatro que ofrecía el crucero. La verdad es que la cantidad de espectáculos que se ofrecían cada día eran de lo más variado, al gusto de todos y para no tener ni un momento de aburrimiento.

Estábamos en cubierta, tomando algo de aire y disfrutando del mar por la noche cuando Efrén, con otro chico del cual se había hecho amigo, vino a presentárnoslo. Se llamaba Jonás y era un amor. Me hacía muy feliz que Efrén hubiera encontrado a alguien de su edad para que se le hicieran los días más amenos.

Terminamos conociendo a sus padres también e hicimos buenas migas. La madre de Jonás no pidió permiso para llevarse a Efrén, junto con su hijo, al club infantil que estaba abierto siempre para que jugaran un rato. Nos dijo que los monitores estaban muy pendientes y que seguro que iban a disfrutar mucho porque hacían muchas actividades.

Paul y yo accedimos, Efrén se merecía disfrutar y con su nuevo amiguito lo iba a hacer.

Quedamos en ir a recogerlo allí un poco más tarde y el pequeño se fue con una enorme sonrisa.

Los cuatro nos tomamos unas copas en cubierta disfrutando de la noche y riendo con las ocurrencias de Francesco y de Paul, que ya bebidos... Todos sabéis lo que pasa.

Esa noche, cuando caímos en la cama, nos quedamos todos dormidos en cuestión de segundos.

A la mañana siguiente, el crucero atracó en Cuba, estaba deseando bajarme en esa ciudad, así que ya vestidos, bajamos para pasear por esas calles que tantas ganas tenía por recorrer. No sin antes tomarnos un desayuno digno de reyes.

Efrén y Jonás, nada más desayunar, se juntaron en plan siamés. Como vi que no querían separarse, pedí permiso a su madre por si nos dejaba

llevárnoslo ese día de excursión con nosotros. La mujer aceptó, pero solo con la condición de que al día siguiente, sería Efrén que se iría con ellos a conocer otra parte de la ciudad, a lo que Paul y yo no pudimos negarnos.

Los tres días que pasamos en Cuba fue de lo más emocionante que viví. Conocí cada rincón que pude, paseé por sus calles, tan famosas, tan llenas de vida.

Me encantaba El Caribe, ¿no es suficiente con esa afirmación?

Efrén y Jonás no se separaban el uno del otro y, al igual de nosotros, disfrutaban de cada momento que vivían gracias a ese crucero que tantos buenos momentos nos estaba dando.

8.



A la mañana siguiente nos despertó los golpes que estaban dando en la puerta del camarote. Era Francesco...

—Joder, para —gritó Paul.

—Parará cuando os levantéis, no seis vagos que es hora —gritó Francesco
Puse los ojos en blanco, mejor nos levantábamos y nos vestíamos ya. Poco después, estábamos los tres fuera de la habitación. Francesca y Lola nos esperaban fuera y yo los miré con ganas de querer asesinarlo.

Desayunamos y ese día teníamos pensado estar en las playas de La Habana, disfrutando de ese lugar paradisíaco. Pero antes dejamos a Efrén con Jonás y sus padres para que disfrutara con ellos de la salida.

Lola, Francesco, Paul y yo nos fuimos a pasar el día en las playas de La Habana, era lo que nos apetecía hacer. Eso y hartarnos de mojitos de toda clase, para eso eran las vacaciones, ¿no?

Terminamos el día en un chiringuito, hasta la cabeza de mojitos y todos bailando. O, más bien, moviéndonos como el alcohol nos lo permitía.

—¿Sabéis qué estoy pensando? —grito Francesco para hacerse oír sobre la música.

—Miedo me da —chilló Lola.

—Me imagino que mañana amanecemos y vemos que Efrén no aparece y es porque lo han secuestrado, como pasó en Cancún —dijo muerto de la risa.

Pero todos nos quedamos blancos, dejamos de bailar y miramos a

Francesco.

—Solo era una broma —dijo este al ver nuestras caras.

—Broma o no, no lo digas. Él está con un amigo, se lo pasará bien y sus padres son personas fiables, así que ni pienses en algo así —dijo Paul.

—Francesco, deja la tontería porque esos comentarios, por más graciosos que te parezcan, lo único para lo que sirven es para ponerlos nerviosos y que desconfíen tontamente de gente que ha demostrado ser buenas personas.

—Lo siento, no era mi intención —suspiró Frances, arrepentido.

Sabía que solo era una broma, pero no me gustó que la hiciera. De todas formas, todos decíamos cosas que merecían ser olvidadas, así que tampoco era para crucificar al hombre por un comentario desafortunado.

Los días en el crucero se nos pasaron volando y no dejamos de hacer coas, sobre todo no estuvimos un solo día sin beber uno de esos ricos mojitos.

Y, para nuestra desgracia, llegó nuestra última noche en el crucero. Al día siguiente volaríamos con dirección a España, de vuelta a la normalidad, pero ninguno de nosotros olvidaría, jamás, ninguno de los momentos vividos en ese lugar.

Estaba tomando el aire en la terraza del camarote, disfrutando de ese momento que se me acabaría en nada cuando suspiré tras beber un poco del vino que Paul me había servido.

—Todo se acaba —dije.

—Sí y en parte me alegro.

—¿Por qué? ¿Con ganas de volver?

—No exactamente. Con ganas de que llegue el día de nuestra boda —sonrió.

—Yo también tengo ganas de eso. Sobre todo porque solo sé, además de cómo es mi vestido y las alianzas, lo que me cuentas y como no me fio de que me cuentes la verdad de cómo será la boda... Me tienes de los nervios —resoplé.

—No pienses tanto, sólo déjate llevar y disfruta. Y confía en mí, te va a

gustar, te lo prometo.

—Sé que me va a gustar, conozco tu buen gusto. Pero tengo ganas de ver cómo organizaste todo —sonreí.

—Tú solo disfruta del día a día que la vida nos ofrece y confía en que el mañana siempre va a ser mejor.

—En eso tienes razón —suspiré.

Nos tomamos la copa de vino y nos acostamos, cerramos los ojos y nos dormimos, en pocas horas estaríamos de vuelta en casa.

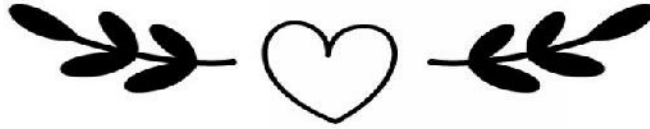
Y eso ocurrió en menos de lo que me esperaba. Ya estábamos llegando a casa, mandando a Efrén a la cama y Paul y yo organizando el siguiente día importante. El día de Reyes.

Habíamos dejado los regalos comprados y envueltos antes de marcharnos al crucero, así que eso lo teníamos adelantado. Aun así, aún con el cansancio que teníamos por el viaje, logramos dejar todo perfecto, adornado como se merecía un día así.

Y a la mañana siguiente, la mañana del día de Reyes, escuchar los gritos de felicidad de Efrén cuando vio todo lo que se había preparado fue el mejor regalo que Paul y yo pudimos recibir.

Ese niño era todo para nosotros. Era nuestro mundo, como lo éramos el uno para el otro.

9.



Por fin terminó Enero, ese mes que tan largo se me hizo y la verdad es que me había costado coger de nuevo la rutina. Estábamos a muy poco de celebrar nuestro enlace y los nervios nos estaban matando, teníamos las emociones a flor de piel.

Paul desaparecía horas y horas para arreglar algunos detalles, pero seguía sin decirme nada y yo seguía sin saber nada sobre cómo sería ese día.

En WhatsApp todo era un caos, tenía un grupo con la familia y con amigos donde no se hablaba de otra cosa que de la boda y lo peor es que todo era imaginar, porque ni yo misma sabía nada referente al enlace. Paul no soltó prenda en todo ese tiempo y yo sabía que no lo haría, él guardaría las sorpresas hasta el último momento.

Lo único que les había dicho a todos es que tuvieran lista una maleta para el día de la boda que él contrató un autobús que los llevaría a todos hacia el destino. Hasta ahí llegaba el secretismo.

Las bromas no se hacían de esperar, como era normal con una familia y unos amigos así.

Esa mañana, dejé a Efrén en el autobús y volví a casa. Tenía un hambre... Paul me estaba esperando en la cocina, con el desayuno preparado, menos mal y quería hablar conmigo sobre algo.

—¿Qué ocurre? No me asustes —le advertí.

—No te preocupes que no es nada. Solo quiero decirte que me cogí el mes de marzo de vacaciones para poder disfrutar todo sin preocuparme por el trabajo.

—Me parece lo mejor, así no estarás pendiente a tantas cosas. Además, si yo lo hice, tú también deberías —reí.

En ese momento me sonó el móvil y cogí la llamada al ver que era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. Tengo algo que decirte.

—¿Qué ocurre? Pareces preocupada —vi cómo Paul se ponía en alerta. Yo, por el tono de voz de mi madre sabía que algo pasaba.

—Tu padre está ingresado.

—¿Pero qué pasó? —pregunté preocupada.

—Le dio un cólico, le han hecho pruebas y es la vesícula, lo van a operar de urgencias.

—¿Por qué no me avisaste antes? —le reproché.

—Ha sido todo muy rápido, hija, me llevé un susto —dijo llorando.

—Relájate, ya salgo para allá.

—Gracias, hija...

Colgué la llamada y miré a Paul.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

—Mi padre se puso mal, lo van a operar de urgencia de la vesícula. Tengo que ir...

—Tranquila, coge tu bolso, voy arrancando el coche.

Salí corriendo a por mi bolso y Paul y yo no tardamos en llegar al hospital. Cuando llegué, mi madre lloraba por el disgusto e intenté consolarla. Todo iría bien, no era nada grave, pero tampoco podía evitar sentirme preocupada por la situación.

La operación no fue muy larga, mi padre pronto salió del quirófano y el doctor nos dijo que todo había salido bien. Gracias a Dios...

Me quedé con mi madre ese día y los siguientes, Paul se encargó de Efrén. Yo solo iba a casa a ducharme y a descansar un poco, pero prefería estar con mis padres en ese momento.

Todo fue bien, mi padre se recuperaba bien y no tardaron en darle el alta, lo cual me alivió mucho.

Estuve los siguientes días yendo a diario a casa de mis padres por si podía ayudar en algo, pero tenían todo bajo control y mi padre estaba ya bastante recuperado.

Pasamos un fin de semana en Málaga con los padres de Paul. Fue un fin de semana algo loco porque como mi futura suegra era la madrina, me ponía la cabeza como un bombo. No llegaba a creerse que yo no tuviera idea de nada, así que allí la tenía, intentando sacarme una información con la que yo no contaba.

Pero, por lo demás, lo pasamos bien con ellos y Efrén disfrutó mucho estando con sus abuelos.

De regreso a casa, cada vez quedaba menos para el día más importante de mi vida. Decidí que, a partir de ese momento, intentaría pasar todo el tiempo que pudiera en casa, sin hacer nada y no hablar mucho con nadie porque iban a volverme loca con el tema de la boda y yo ya tenía suficiente con no saber nada.

Así que los ignoraría, era lo mejor que podía hacer. Porque los nervios estaban acabando conmigo.

Me acerqué una de esas mañanas al que era mi trabajo, tenía ganas de ver a mis compañeros después de tanto tiempo y pasar un rato con ellos me vendría bien, siempre me divertía allí. Pero, aunque parezca mentira, no echaba de menos mi trabajo, era muy feliz con mi vida en ese momento.

Vi a Mark e intenté pasar por su lado lo más rápidamente posible, pero me cortó el paso.

—Alba, ¿me permites un momento?

—No, Mark, tengo prisa...

—Solo quería decirte una cosa, seré breve.

—Está bien —suspiré—. Dime.

—No pude antes, pero me gustaría felicitarte por la boda. Me alegra que

hayas luchado por esa relación y por el hombre de tu vida. No todos apostábamos a que eso llegaría a tu lado y tú nos callaste la boca y de verdad que me alegro y te deseo la mayor felicidad del mundo, te lo digo de corazón.

Agradecía sus palabras, tampoco era justo, después de lo que habíamos vivido, ser desagradable con él.

—Gracias. De verdad que agradezco mucho ese gesto y tus palabras.

—No tienes que agradecerlo, lo hago de corazón. Me gustaría que entre nosotros no queden las cosas mal, que al menos podamos vernos y saludarnos, al menos por lo que vivimos, ¿te parece? No malos rollos.

—Sí, me parece —sonreí, me acerqué y le di un abrazo, haciéndolo sonreír a él también.

—Gracias, Alba. Y sé feliz.

—Y tú también.

Al salir de allí tras saludar al señor Montiel y a mis compañeros, de camino a casa, me senté en una cafetería para tomarme algo.

En ese momento, cogiendo valor de no sabía dónde, cogí el móvil y llamé a Lucas.

—¿Me vas a decir que me estás llamando porque se terminó tu relación con el millonario y por fin voy a poder tener una oportunidad contigo? —rio, bromeando.

—No era para eso, es porque me caso en un mes —me reí.

—Vaya... Pues me alegro, Alba. Sé que lo amas y me hace feliz que os van las cosas tan bien. Y, sobre todo, que tú y yo podamos hablar. Siempre me hará feliz sabiendo que todo te va bien.

—Lo sé, Lucas y gracias.

—Entonces dime el día de la boda que me dé tiempo a llegar.

—¿De verdad vendrías? —no me lo podía creer.

—Claro que iré, no lo dudes. Pero solo no, con mi nueva novia —rio.

—¿En serio?

—Pues sí.

—Ahora me hiciste feliz tú a mí. Y no dudes de que los dos estáis invitados. Es el 13 de Marzo.

—No estés tan segura, a ver si el millonario me mata cuando se entere de que voy.

—Sabes que no —reí—. No le va a molestar, lo sé muy bien.

—Entonces, si antes no vinieron dos sicarios a acabar con mi vida, el día 12 estoy por allí.

—Ya te comentaré todo, porque el día doce salimos, así que te comentaré todo con calma.

—¿Y dónde es la boda?

—Lo sabré el mismo día que tú —me reí, haciéndolo reír a él—. Yo te voy comentando.

—Muy bien, Alba y ese día brilla como solo tú sabes hacerlo.

—Gracias, Lucas —sonreí antes de colgar.

Me había hecho ilusión que quisiera compartir ese día conmigo y yo estaba tranquila por Paul, sabía que me iba a apoyar en mi decisión de haberlo invitado, no dudaba de eso.

Llegué a casa y Efrén estaba estudiando mientras Paul tomaba café, me sirvió una taza y me senté a su lado en el sofá, con la mía en las manos.

—Paul...

—¿Sí?

—Llamé a Lucas y le dije que nos casamos.

—Pues muy bien, creo que es normal que se lo dijeras. ¿Cómo le sentí?

—Tan bien que se apuntó a la boda con su novia —me mordí el labio, a ver cómo reaccionaba ante eso.

—¿De verdad?

—Pues sí... ¿Te parece mal?

—Pues no. Fue bueno contigo, no debo tener nada en su contra. Y si él quiere venir y tú invitarlo, por mí no hay problemas. Esa mujer que tanto daño me hizo y a la que no quiero ni nombrar, está fuera de nuestras vidas. Pero él

siempre te ayudó, hay que ser justos, así que por mí perfecto que lo invites.

—Gracias... Sabía que lo entenderías. Gracias, amor.

—Por nada, cariño.

—Y otra cosa.

—Miedo me das...

—Me encontré con Mark, me ha dado, de corazón, felicidades por nuestra boda, se ha disculpado.

—Vaya...

—Pero relax, a él no lo invité —solté una carcajada.

—No lo odio, Alba, pero me duelen aún las cosas que hizo. Lo de esas cartas... Pero la verdad es que ni rencor le tengo. Te tengo a mi lado, serás mi esposa, eres el amor de mi vida. No voy a malgastar energía en tener malos sentimientos en esta vida porque la vida me lo ha dado todo.

—Dios, cómo te quiero —dije emocionada, acercándome a él para comérmelo a besos.

Por ser así era por lo que quería tanto a ese hombre.

¿Cómo no hacerlo?

No veía el momento que llegara el día en que nos convirtiéramos en marido y mujer porque cada día que pasaba junto a él, más lo quería y más feliz era.

Llegó el día de la despedida de solteros, lo hicimos chicos y chicas juntos con una gran barbacoa en casa de Lola y Francesco el fin de semana antes de la boda. La mayoría de la gente solo pasaría un día allí, Paul, Efrén y yo nos quedaríamos allí todo el fin de semana.

La barbacoa ya encendida, nosotros hartos de picar y de beber y las risas fueron las mejores aliadas esa primera noche de nuestra despedida de solteros. Nuestras familias y amigos más cercanos, con nosotros. Y mi padre incluido, quien ya estaba completamente recuperado del susto que nos dio a todos.

Llamaron a la puerta del chalet y como yo era la que estaba cerca, abrí y

me quedé con la boca abierta al ver allí a mi hermana, había viajado para acompañarme no solo en la boda, si no en esa fiesta que decía que no se iba a perder.

Gritando, abrazada a ella, me sentía más que feliz de tenerla allí porque no la veía tanto como quería.

Un rato más tarde, volví a abrir cuando llamaron de nuevo al timbre y ahí sí que me quedé sin saber cómo reaccionar. La culpa era mía por tener el complejo de mayordomo en ese momento.

Me encontré, cara a cara con Lucas y una chica guapísima que imaginé que era esa novia de la que me había hablado. Tras un abrazo a él y otro a ella, la cual me cayó genial, los invité a pasar y seguimos con la fiesta. Todo estaba saliendo más que perfecto.

A la mañana siguiente me desperté con una resaca impresionante, me dolía la cabeza horrores. Me serví una taza de café y me tomé dos pastillas a ver si así se me pasaba un poco. Escuché pasos y miré a la puerta, era Lucas.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, guapísima. Yo también quiero uno —dijo señalando a mi taza y le preparé un café, nos sentamos los dos y nos miramos a los ojos.

—Eres feliz con él y eso me hace feliz a mí, Alba. Quiero ver siempre esa felicidad en tu cara.

—Gracias. Sé que son palabras sinceras, que lo dices desde el corazón y es muy importante para mí el que compartas estos momentos conmigo.

—Claro que estaré —me guiñó un ojo, sonriendo.

¿Y cómo no ser feliz con la gente tan maravillosa que iba a compartir conmigo esos días tan importantes de mi vida?

Estábamos en la cuenta final, pronto, muy pronto, sería el gran día. En menos de una semana me daría el sí quiero con Paul.

Dios, me iban a comer los nervios. ¿Llegaría ese día en algún momento?

10.



Pues sí, llegaría y por fin era ese gran día.

Era el día de mi boda.

Me quedé a dormir la noche anterior en casa de mis padres, Efrén se quedó conmigo. Paul estaba en su casa, sus padres se quedaron con él.

A las ocho de la mañana ya estaban en casa la maquilladora y la peluquera. Un poco más tardé llegó el fotógrafo dispuesto a inmortalizar cada momento de ese día tan importante para mí.

Estaba nerviosa y mi pequeño amor se reía al verme así. Para él también era un día importante y feliz, estaba muy emocionado. Como él decía, era el día de la boda de sus padres, era un día muy, muy importante.

Me tomé un café antes de sentarme para que la peluquera y la maquilladora hicieran su trabajo. Estaba temblando, no podía evitarlo y no dejaban de decirme que me estuviera quieta, pero me era imposible.

Cuando me vi en el espejo, lista, con mi vestido puesto, empecé a llorar sin control. A la maquilladora casi le da algo cuando tuvo que arreglar el desastre de mi cara por el llanto, pero debía de estar acostumbrada a esas cosas.

Ya lista, me monté en el coche que vino a recogerme, mi padre venía conmigo y mi hermana y mi madre se montaron en otro coche que Paul mandó para ellas.

Era el día, había llegado el momento de que supiera dónde iba a ser mi boda. Decir que seguía nerviosa sería quedarme corta.

Mi padre, viendo mi estado de ánimos, me agarró la mano y no me la soltó en todo el trayecto, dándome ánimos y fuerza para un momento así.

Llegamos al lugar elegido por Paul y me quedé alucinada cuando vi que me iba a casar en un preciosos y antiguo castillo muy importante de la ciudad. Los jardines de ese lugar y todo lo que conformaban el castillo era un lugar de ensueño.

Bajé del coche y me encontré con que los invitados formaban dos filas, una frente a la otra, creando un pasillo por donde yo tenía que caminar. Cada uno tenía una rosa en las mano y todo el suelo, cubierto por una alfombra roja, estaba lleno de pétalos de rosas blancas. Era todo un sueño.

Caminé, agarrada al brazo de mi parte mientras miraba a cada una de las personas que me estaba acompañando ese día y al final del camino pude ver un enorme jardín decorado como de película, perfecto para la boda de los sueños de cualquiera.

Y ahí estaba Paul, delante del altar, esperándome.

Al verme y con una gran sonrisa, cogió un micrófono y comenzó a cantar cuando los acordes de una de mis canciones favoritas empezaron a sonar.

No solo me dejó impresionada a mí, si no a cada uno de los invitados que ya se preparaban para tomar asiento y poder ser parte de esa ceremonia.

Mientras cantaba, comencé a caminar para acercarme a él, con lágrimas en los ojos por todo lo que había organizado para que ese día fuera tan especial.

Tenía ganas de echarme sobre él y besarlo, pero mantuve la compostura cuando la ceremonia comenzó. Menos mal que no fue demasiado larga, pro sí muy emotiva. Y llegó el momento de la pregunta que nos uniría para siempre. Era el momento en que le preguntaron a Paul si quería ser mi esposo.

—Sí, ¡di que sí! —gritó Efrén, haciendo reír a todos los invitados.

Paul y yo reímos, miramos al pequeño con cariño.

—Por supuesto que sí, quiero —dijo Paul mirándome a mí a los ojos.

Lo mismo que respondí yo, claro que quería ser su esposa.

Todos los invitados acabaron llorando, fue una ceremonia preciosa e inolvidable.

Y, convertidos ya, por fin, en marido y mujer, empezó la celebración.

Comida, bebida, bailes, risas... No faltó de nada para convertir ese día en algo perfecto.

El día pasaba, la fiesta continuaba y nadie tenía intención de irse de allí, lo estábamos pasando muy bien.

En el momento en que estaban preparando todo para cortar la tarta nupcial, Paul cogió un micrófono y mandó a callar a todos, diciendo que quería hablar. Miedo me daba y eso que no estaba demasiado bebido...

—Antes que nada, deciros a todos Gracias por estar aquí, gracias por compartir el mejor día de nuestras vidas con nosotros. No me he preparado ningún discurso y no sé si eso es mejor o peor —rio, haciendo reír a todos—. Pero necesito hacerlo. Tengo muchas cosas que decir y no quiero guardármelas. El día que la vida puso a Alba en mi camino, todo se volvió un caos. Un caos en el sentido de que sabía que ya mi mundo no sería el mismo. Lo pasé mal porque con todo lo que tenía en mi vida, no sabía cómo la iba a proteger. Estaba con otra mujer, una historia que ahora no quiero recordar. Pensaba que la quería, pero el amor, como bien me ha mostrado Alba, es otra cosa muy diferente. El amor es lo que siento con quien hoy es mi esposa. Es saber que no puedes estar con la otra persona. Una de las veces que Alba y yo nos separamos, me acordé de que teníamos planeado y pagado un viaje a Tailandia. Tal vez va sola, pensé. Así que sin darle más vueltas, fui también, rezando por encontrármela. Y vi que se estaba montando en ese avión y yo la seguí. No le gustó nada y me trató mal, la verdad es que muy mal —rio y los invitados sonrieron, pero yo estaba sin poder reaccionar, solo escuchándolo

—. Como eso, decenas de cosas que hemos tenido que vivir, pero tenía claro que ella me quería y que si podía, lucharía por lo nuestro. Se enteró de lo de mi hijo... Se enteró de muchas cosas. Pero Alba siempre estuvo ahí, no dejaba de sorprenderme día tras día. A mi hijo lo acogió como suyo propio y no tendré vida para agradecerle eso. Y os aseguro, me juego el cuello y no lo pierdo, que si le dan a elegir entre nuestro hijo y yo, se queda con él y eso la honra. Necesito decirle a esta mujer y que todos lo escuchéis, que es la mejor mujer que existe en el mundo. Nada será nunca suficiente para demostrarle cuánto la amo y cuánto vale ella. Defiende a nuestro hijo con uñas y dientes porque, como bien presume, es su hijo, tan suyo como mío. Y no necesitó parirlo para sentir eso. Por eso y por tantas cosas más que ella y yo sabemos, merece tenerme toda la vida de rodillas, alabándola. No tendré vida para agradecerte lo que has hecho por mí, Alba, ni tendré vida para demostrarte cuánto te amo. Nuestro hijo y tú sois mi familia y lucharé porque siempre tengáis una sonrisa en la cara. Mi vida solo es para daros la felicidad que merecéis. Como la recibo yo por teneros a mi lado. Sois lo mejor que la vida me ha dado, gracias por estar conmigo. Gracias por amarme. Y que sepas que te amo con toda mi alma y que nunca dejaré de hacerlo.

Aquello no era una boda, era un funeral, la cantidad de lágrimas que soltamos todos.

Me agarré a mi marido, lo abracé y dejé que todas mis emociones salieran porque lo que había hecho era el mejor regalo que podía haberme dado.

—Yo también te amo —le dije mientras lo abrazaba.

Intensificó su abrazo y la música comenzó a sonar, nos movimos a su ritmo, sin separar nuestros cuerpos.

La fiesta siguió hasta el amanecer y esa noche, cuando me acosté en la cama de

la suite del hotel donde nos hospedamos junto a todos los invitados, me abracé al hombre que se había convertido en mi marido. Me abracé al amor de mi vida.

11.



Era casi mediodía cuando nos despertamos al día siguiente. Desayunamos y fuimos en busca de Efrén, que estaba en el jardín del hotel con mis padres.

Los invitados ya se habían ido más temprano, así que nos evitamos el despedirnos de ellos.

Ese mismo día saldríamos para nuestra luna de miel. Las maletas las teníamos listas en el hotel, Paul se había encargado de hacerlas llegar el día de antes, así que nos tocaba despedirnos de nuestros padres y buscar a mi pequeño.

—¿Y tu maleta? —pregunté al verlo sin nada.

—No, yo no voy —sonrió.

—¿Cómo que no vas? —miré a Paul, habíamos quedado en irnos a Tenerife los tres, ¿a qué venía eso?

—Verás, amor, la maleta es para que se quede con tus padres. Él tiene que ir al cole y, además, quiere que esto sea algo solo nuestro. El viaje a Tenerife lo haremos un poco más adelante, pero no ahora —explicó Paul.

—Pero... —empecé.

—Mamá, yo no puedo ir con vosotros. Estaré bien, pero esto es algo para los dos.

Lo miré con pena, no me importaba nada compartir ese momento con mi pequeño amor.

—A mí no me importa —dije—. Me gusta que estemos juntos.

—Lo sé, mamá, pero con el Caribe tuve suficiente. Id y disfrutad vosotros.

—Te quiero mucho— lo abracé, emocionada, era todo un hombrecito y me daba pena separarme de él, miré a mi marido, intrigada—. ¿Entonces adónde vamos?

—Pues sorpresa —sonrió.

Puse los ojos en blanco, cómo no. Aunque en el fondo me encantaba que siempre quisiera controlar esas cosas porque yo era un desastre.

Después de una emotiva despedida, salimos para el aeropuerto de Sevilla. Y fue allí, como solía pasar, cuando conocí mi destino. ¿Holanda? ¿Y eso?

—No todos van a ser vuelos largos y paradisíacos, ¿no? —rio Paul al ver mi cara de sorpresa.

—No, solo me extrañó. Pero me encanta, siempre quise fumarme uno de esos cigarros que son legales allí —reí a carcajadas.

—Bueno, por ser la luna de miel, te dejaré —soltó.

—Verás, mi amor, que me haya casado contigo y te prometiera amarte toda la vida no significa que me tengas que dar permiso para nada, eso tenlo claro. Haré lo que me dé la gana y punto.

—Ya veremos —me guiñó el ojo, riendo y yo volví a poner los ojos en blanco, pero divertida en el fondo.

Y lo primero que quise hacer nada más llegar a nuestro destino fue entrar en un Coffee shop para mi cigarro. Con el vuelo que le di a Paul, nada más soltar las maletas en el hotel, salimos a pasear y a buscar uno. Y no tardamos mucho en encontrarlo.

Nos sentamos en una de las mesas, con todo ya por delante y yo disfrutando de esa tontería como una niña pequeña. Paul cogió lo necesario y comenzó a liarse un cigarro de la felicidad y aluciné por cómo lo hacía.

—Paul, ¿por qué lías tan bien? —contando que no fumaba, me extrañaba.

—Una cosa es que no haya fumado tabaco nunca y otra que no haya fumado esto —se encogió de hombros—. Yo salía de fiesta con mis amigos, ¿eh? —me sacó la lengua.

—Si ya sabía yo que tenía más secretos que descubrir —reír.

—Claro, como los tenemos todos. Pero te los iré contando —terminó de liar el cigarro y me lo dio.

—Es tu pasado, no me afectará. Pero un poco de miedo me da todo lo que tienes guardado...

—Solo guardo un secreto, pero un día te lo contaré.

—Un día no, antes de volver a casa lo harás o te juro que no me tocarás hasta que lo hagas —lo amenacé.

—Pues como no me fume uno de estos para coger valor...

—No seas exagerado que me asustas. Pero toma, fuma, si es lo que necesitas para decirme...

—No creo que debas de saber todo sobre mí —rio.

—Creo que sí, aunque sea tu pasado, quiero saberlo todo —insistí, pero no molesta. Me gustaba saber sus cosas y él lo sabía.

—Algún día...

—Pues sin sexo hasta entonces.

—No aguantarías —me retó.

—¿Yo? Te aseguro que sí —dije seria, pero iba a ser que no aguantaría tenerlo cerca y no tocarlo.

—Pues me tocará visitar el barrio rojo y desahogarme...

—Hazlo —me encogí de hombros—. Si tienes que pagar por ello... Yo ni eso, cualquiera a quien se lo pide me lo meto en la cama. Y hay muchos buenorros aquí...

—Me lo creo, después de lo de Lucas me creo todo —rio.

—Pues si no quieres que ocurra, ya sabes, a contarme los secretos.

El cigarro se convirtió en varios más, tanto que tenía un colocón impresionante, por no decir que me reía como si estuviera loca. Dios mío, me daba vueltas todo, estaba colocada. Tanto que cuando llegamos al hotel, caí en la cama y dormí durante horas.

Cada momento que compartía con Paul era inolvidable. Al día siguiente, cuando nos levantamos, nos fuimos de turismo. Me gustaba todo, *Ámsterdam*

me había impresionado y para bien.

Todo lo que hacía con Paul me hacía feliz, esa era la verdad.

El Barrio Rojo, tan famoso. La Plaza Dam, con esos edificios que impresionantes. El Palacio Real y la Iglesia Gótica que tenía a su lado eran un espectáculo para la vista. Y la Plaza de Spui, famosa por sus libros. Si alguien me hubiera dicho que Ámsterdam era todo eso, no me lo había creído. La fama que tenía era por otra cosa, pero esa ciudad era mucho más que unos Coffe Shops.

Y todo lo bueno, como siempre, se acababa. Llegó el momento de despedirnos de ese hermoso país y de volver al nuestro. Pero los recuerdos de cada rincón de ese paraíso holandés estarían siempre en mi memoria.

Me dio pena irme, pero estaba deseando ver a mi pequeño. Y lo primero que hicimos al volver fue recogerlo, abrazarlo y comérmelo a besos.

Nos contó, con pelos y señales, todo lo que había hecho esos días con sus abuelos y lo escuché atentamente, disfrutando de su alegría.

Me encantaba viajar, pero más me encantaba esos momentos con él, esos momentos en familia. No había nada mejor en el mundo para mí.

Por la noche, ya en casa, recién cenados, cogí el móvil al ver que Lola me llamaba, con ilusión por poder saludar a mi amiga. Pero mi amiga lloraba a la otra línea del teléfono.

—¿Lola? ¿Qué pasa? ¿Estás llorando? Lola, por Dios, dime qué pasa.

—Es Francesco...

—¿Qué le pasa a Francesco?

—Se va, Alba, ¡se va!

—¿Se va? ¿Habéis peleado? Relájate porque no me entero.

—Ojalá fuera eso —lloraba desconsolada—. Tiene un tumor y está muy avanzado. Los médicos dicen que no pueden hacer nada. Se muere, Francesco se me muere —lloró.

Me quedé sin poder reaccionar, no podía creerme lo que estaba escuchando. Le dije que iba para allá inmediatamente. Busqué a Paul, que

estaba con Efrén en el porche y le hice señas para que me siguiera a la cocina. Le conté lo de Francesco y vi cómo perdía el color. Yo estaba llorando, sin saber qué podía hacer.

Llamé a mi madre rápidamente para decirle que le dejaba al pequeño allí y el porqué. Salimos de casa, lo dejamos con ella y Paul y yo nos fuimos rápidamente para el hospital.

Durante el trayecto no podía dejar de pensar en lo injusta que era la vida, no entendía por qué les hacía algo así a dos personas tan maravillosas.

No había derecho a ello, ¡nadie merecía algo así!

Cuando llegamos al hospital, nos encontramos a Lola en la puerta, fumándose un cigarro. Estaba desesperada, con los ojos rojos de tanto llorar. A Francesco le estaban haciendo pruebas y ella necesitaba aire.

Me abracé a ella y nos quedamos así un rato, intentando calmarla, aunque sabía que eso era imposible.

—Tiene que haber alguna forma, Lola, tiene que haber algo... —suspiré— Quizás podemos pedir una segunda opinión.

—Esperad aquí —dijo Paul rápidamente, separándose de nosotras para hacer una llamada.

—Habrá algo, Lola, confía en ello, cariño, de verdad.

Pero Lola estaba desconsolada, el médico le había pintado todo muy negro. Paul llamaba y llamaba por teléfono y un rato después, tras entrar en el hospital, salió diciendo que vendría un helicóptero a buscar a Francesco. Que había arreglado todo y lo iban a mirar en Madrid. Que no iba a rendirse con algo así con su hermano.

Tras las lágrimas y las gracias de Lola, esperamos a que el helicóptero llegara con el equipo médico necesario para el traslado.

Todo fue rápido, es lo que tenía el dinero y los contactos.

Y en unas pocas horas, estábamos todos en Madrid, esperando a que le realizaran las pruebas necesarias allí. Con los nervios a flor de piel, rezando porque todo fuera menos negro de lo que nos lo pintaron.

Pasamos la noche esperando, le hacían pruebas y más pruebas y a ratos entrábamos a verlo. Él no sabía qué pasaba, pero no había que pensar mucho para saber que no era nada bueno, aún así, Lola prefería no decirle nada hasta saberlo con seguridad.

No fue hasta la mañana siguiente cuando el doctor habló con nosotros.

—Después de las pruebas, siento decir que un tratamiento no podrá salvarle la vida. El tumor está demasiado avanzado, es muy grande —Lola rompió a llorar, peor el doctor le dijo que lo escuchara—. No está todo perdido. Hay una posibilidad, mínima pero la hay y sería interviniéndolo quirúrgicamente y ya mismo. Esperando que ocurra un milagro y que la operación salga bien. Pero tampoco podría asegurar que eso ocurra o que salga de ahí con vida. Pero si no se le opera, tampoco vivirá —dijo muy serio.

—Opérenlo —dijo Paul, Lola y yo no podíamos dejar de llorar—. Aunque sea una posibilidad mínima hay que intentarlo —y en ese momento mi amor se derrumbó, llorando.

El doctor, tras afirmar con la cabeza, salió para preparar la operación de urgencia.

Y ahí comenzó la agonía.

Horas y horas, sin saber nada, sin tener noticias de nada. Salíamos y tomábamos un café, nos fumábamos un cigarro, pero el tiempo justo para esperar a tener una mínima noticia de cómo estaban yendo las cosas. Pero nadie nos decía nada

Y las horas pasaban, la espera se hacía eterna.

Sabíamos que iba a ser una operación larga, pero la espera era insoportable y ninguno de los tres éramos capaces de relajarnos ni de movernos de allí.

Horas después, nos llamaron por megafonía y salimos rápidamente a hablar con el doctor.

—Ha muerto, seguro que ha muerto —lloraba Lola, desconsolada.

—No, no digas eso —le rogué.

Entramos en la consulta del doctor y vimos su cara de cansancio.

—Seré breve, he operado de todo en tantos años como médico, pero les aseguro que esta fue la más complicada. Y la más exitosa —sonrió, cansado.

En ese momento, lloramos por el alivio, ¿de verdad era así?

—Está bien. Estará en cuidados intensivos unos días y no podréis verlo, está delicado, pero si todo sigue evolucionando bien, lo veréis pronto —siguió el doctor.

Y ese día volví a disculparme con la vida porque aún después de un susto tan grande, nos había devuelto a nuestro amigo.

Nos quedamos todos esos días con Lola, pendiente en todo momento a ella y a Francesco y el día que por fin pudimos entrar a verlo, estaba sentado en la cama, nos miró y nos dijo:

—Os vais a hartar de este italiano.

Rompimos a reír, aún entre lágrimas. Sí, nos íbamos a hartar de él y así debía de ser.

Esa noche, en el hotel donde nos estábamos quedando, me asomé al balcón y miré al cielo.

No sabía si había alguien allí arriba, alguien que moviera los hilos. Si era así, le daba las gracias. Porque por más situaciones duras que nos hiciera vivir, siempre nos daba otra oportunidad para seguir viviendo y para enseñarnos qué era realmente valioso en la vida.

Epílogo



Tiempo después...

Efrén y Carlota jugando en la arena.

Paul y yo mirándolos embobados.

La vida nos había dado la felicidad que tanto deseábamos. Carlota ya andaba y cuando nació, nos hizo la familia más feliz del mundo.

Desde que supimos que estaba embarazada, la sonrisa no se nos borró en ningún momento de nuestras caras. Ahora estábamos ahí, en la playa, disfrutando del verano con los amores de nuestras vidas.

No volví aún a trabajar, quería dedicarme a mis pequeños y no sabía si volvería a hacerlo en algún momento porque era feliz así, dedicada a ellos. Y si era por Paul, jamás volvería a trabajar.

Miré a ese hombre y sonreí con amor.

Nuestra historia no había sido fácil, habíamos pasado por mucho, pero habíamos luchado contra todo y contra todos y ahí estábamos, juntos y radiantes de felicidad.

Efrén era un niño feliz, el protector de su hermana, la adoraba más que a nadie en el mundo, tanto como su padre y yo lo adorábamos a él.

—¿Pensando? —preguntó Paul.

Lo miré y sonreí.

—Sí, en la suerte que tengo —dije con sinceridad.

—Somos nosotros los afortunados, Alba, por tenerte en nuestras vidas.

Le di un beso y lo miré con amor.

—Prométeme que siempre estaremos así, prométeme que esto nunca se acabará —le pedí.

—Solo si firmas un pacto conmigo —bromeó.

—¿Qué pacto? —reí.

—El pacto de que siempre me amarás.

Eso no tenía que firmarlo, eso era muy real.

—Firmaré todos los pactos que quieras, mi amor, porque lo que siento por ti no tiene fin.

Y lo besé, porque era así.

La vida me había regalado la mejor familia del mundo. Los tenía a ellos, tenía a mis padres, a mi hermanas a los padres de Paul.

Tenía a mis amigos, sanos y juntos y felices por la milagrosa recuperación de Francesco.

Tenía a todos y eso era lo único que me importaba en la vida.

Había valido la pena luchar y pasar por tanto si el premio era ese.

Por lograr la felicidad, pasaría de nuevo por todo aquello.

Porque esos tres seres que eran mi familia merecían cualquier sacrificio por mi parte.

Si el premio era ser feliz, me había merecido la pena sufrir.